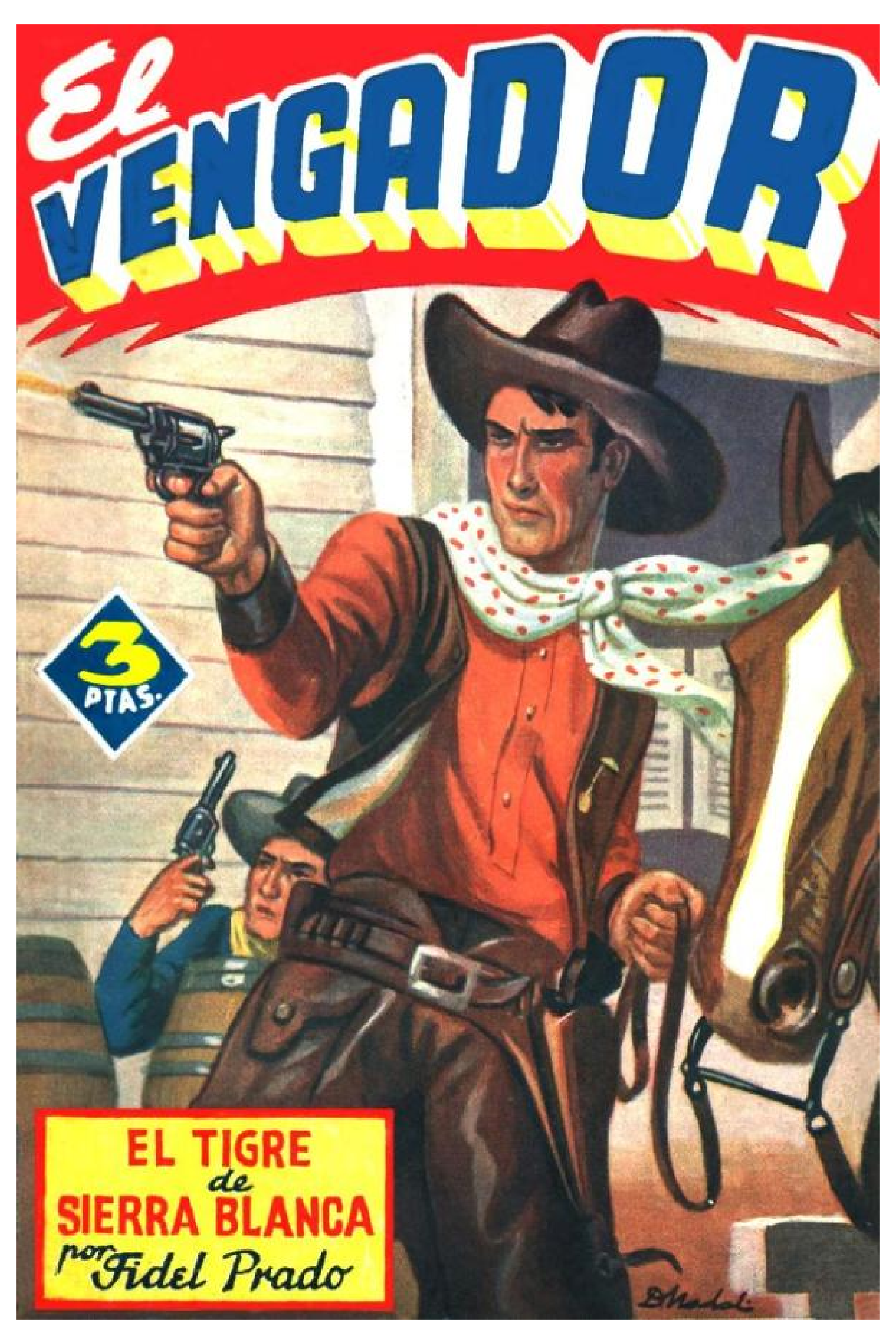

El VENGADOR
3 PTAS.
EL TIGRE de SIERRA BLANCA
por Fidel Prado



Núm. 8

El Tigre de Sierra Blanca

NOVELA DEL OESTE ORIGINAL DE

FIDEL PRADO

Editorial Cies – Vigo

TITULOS PUBLICADOS

1. Juramento cumplido.
2. Jak, el Zurdo.
3. La presa trágica.
4. Un sheriff a la medida.
5. El rastro sangriento.
6. El jinete fantasma.
7. La charca envenenada.
8. El Tigre de Sierra Blanca.

Próximo título:

El rapto de Magde Climpson.

PRIMERA EDICIÓN 1946

Es propiedad

Impreso en España *Printed in Spain*

Artes Gráficas «GRIJELMO», S.A.—Bilbao



Capítulo I

UN PUEBLO DEMASIADO CALLADO



RA alrededor de las dos de la tarde cuando Sol King, «el Vengador», hacía su entrada en Sierra Blanca, un pequeño y lindo pueblo de la frontera de Texas con México, a no muchas millas del famoso río Grande.

Sol había caminado muchas millas a lomos de «Stard», para, desde el sudoeste de Utah, atravesar la región del Colorado y, bordeando los montes de San Juan, en Nueva México, alcanzar el curso del gran rio hasta El Paso, la dinámica y turbulenta ciudad divisionaria, donde todos los abigeos, ladrones de caballos, tahúres, indeseables y pistoleros del Oeste se reunían con la mirada fija en el río para pasarlo a nado a la primera señal de alarma que se produjese.

En El Paso había podido observar tipos bastante extraños que tentaron sus deseos de echar el ancla allí y esperar a que surgiese

algún estruendoso lance en el que intervenir; pero intrigado por el consejo del *sheriff* de Lund, que le recomendó se diese una vuelta por el famoso pueblo, había dejado setenta millas más atrás El Paso y, siguiendo las estribaciones de la cordillera, había alcanzado, por fin, Sierra Blanca.

A Sol le agradó el pueblo desde que le distinguió bajando por el brusco sendero que se deslizaba entre pinos y álamos, no lejos de la montaña.

Era un conglomerado de casas modestas, muy blancas y cuidadas, con dos edificios que sobresalían del resto de las construcciones. Uno era el ayuntamiento, con una especie de torre cuadrada, en la que un reloj, cuya esfera casi borrada por el polvo, marcaba las dos de la tarde, y el otro era la iglesia, con su pequeña torre puntiaguda, su movible veleta y su puerta en arcada de ladrillo rojo, reminiscencia del paso de los españoles por el sur de Texas.

Sol se adentró por el pueblo a paso lento, pues «Stard» se hallaba cansado y agobiado por el calor, y apenas avanzó por sus estrechas y polvorientas calles se extrañó del impresionante silencio y del abandono absoluto que allí reinaba.

Cierto que era la hora plena de sol y que el ambiente se mostraba agobiador, pero esto no justificaba que no transitase nadie por sus calles, que no hubiese un solo ser humano acogido a la sombra de los porches y que todos los establecimientos y casas se hallasen cerrados a piedra y lodo.

Sierra Blanca daba la sensación de haber sido abandonado en masa por sus habitantes, bien huyendo de una epidemia o bien barridos por un huracán de muerte.

Receloso, mirando a derecha e izquierda, siempre en busca de alguien a quien poder hacer alguna pregunta, se deslizó por una calle más ancha que las restantes—debía ser la calle principal—y desembocó en una blanca y soleada plaza, en la que, entre otros edificios, se alzaba una taberna, «El Bisonte Azul»; una posada, «La Flor de Río Grande», y un gracioso edificio de un solo piso, pero largo y con media docena de ventanas enrejadas, en cuya puerta se leía en un cartel pintado en negro:

ESCUELA

Sol, cada vez más intrigado, se detuvo en el centro de la plaza, inquiriendo a derecha e izquierda. Seguía sin ver un alma viviente y todos los establecimientos aparecían cerrados.

Tan desconcertante le pareció aquello que estuvo tentado de empuñar el revólver y empezar a tiros contra todas las puertas a ver si alguien respondía, aunque fuese de idéntica forma; pero recordando que su amigo el *sheriff* de Lund le había advertido de que allí sucedían cosas muy extrañas, decidió contener sus ímpetus y resueltamente avanzó hacia la posada.

Llamaría a ella, y si allí no había alguien que contestase a su llamada tendría que reconocer que el pueblo entero había emigrado, dejándolo a merced del primero que llegase y quisiera tomar posesión de él.

Acercó el caballo a la puerta y, sin desmontar, aporreó en la madera con la culata del revólver, gritando:

—¡Eh, de la posada!... ¿Es que en este maldito pueblo no hay manera de encontrar un cobijo contra el sol y un vaso de refresco para calmar la sed?

Como nadie contestara a su pregunta, la repitió vanamente y, aburrido, gritó con más fuerza:

—¡Vive Dios, que si no me abre nadie, abriré yo a tiros!

Como si la amenaza hubiese sido una invocación, dos ventanas contiguas a la puerta se abrieron y seis revólveres—tres en cada una — le encañonaron trágicamente.

—¡Atrás, forastero! —contestó una voz ruda—. ¿Qué busca aquí?

—¿Qué diablos voy a buscar? Algún ser humano que no demuestre más miedo que un topo y un lugar donde tomar algún bocado y descansar un rato.

—¿Nada más?

—¿Se puede pedir más en este pueblo de medrosos? ¿Por qué no sale usted de su madriguera a hablar con la gente honrada cara a cara y sin tanto miedo?

El que hablaba, sin hacer caso de sus ironías, insistió en sus preguntas:

—¿Quién es usted y de dónde viene?



Se trataba de una muchacha joven...

—¡Al infierno con tanta pregunta! Puedo decirle que no soy el Coco, si eso es lo que les asusta. Me llamo Sol King y vengo de Lund...

El individuo, más humanizado, interrogó:

—¿De Lund, en Utah?

—Justamente.

—¿A quién conoce usted en ese pueblo?

—Al *sheriff*. El fue quien me encaminó hacia aquí, contándome cosas terribles de este pueblo. Lo que no se atrevió a decirme fue que todos ustedes poseían más miedo que una rana ante un cocodrilo.

Los revólveres se retiraron de las ventanas a una seña del que hablaba, y éste apareció poco después en el vano de la puerta, la cual abrió con suma precaución.

Tras echar un profundo vistazo a la plaza y a las callejas colindantes, exclamó:

—Pase, pero dese prisa.

Sol, cada vez más intrigado, penetró en el zaguán de la posada y la puerta se cerró rápidamente, siendo atrancada por el interior.

El que le había recibido le condujo a una amplia habitación, que debía ser el comedor de la posada. Las mesas y bancos se habían retirado a un rincón y una docena de personas, armadas hasta los dientes, vigilaban por las ventanas.

A Sol le llamó la atención aquella belicosa concurrencia y mucho más descubrir entre ella una mujer. Se trataba de una muchacha joven, muy linda y atrayente, la cual, sentada al lado de un individuo bajo y regordete, de bigote canoso y tez tostada, sostenía entre sus manos un largo rifle.

El que le había franqueado la puerta quedó en pie en el centro de la estancia y mirando a sus compañeros, advirtió:

—Señores, le he franqueado la entrada porque parece ser que es alguien a quien esperábamos. Dice que viene de Lund y que se llama Sol King.

Todos clavaron en él sus asustados ojos, en particular la muchacha, que parecía más atraída por su figura, y el que llevaba la voz cantante se dirigió a Sol, preguntando:

—¿Quiere usted decirme algo más que demuestre que sus palabras son ciertas?

—¿Qué diablos les voy a decir más?

—Sí. Algo de lo que ha hecho usted por allí.

—Poca cosa: suplir al *sheriff* que estaba herido y resolver el feo asunto de una charca cuyas aguas alguien envenenaba. Le descubrí y acabé con él.

—Bien; veo que es usted, en efecto, Sol King. Ahora le diré que yo soy sobrino del *sheriff* y que éste me escribió hace algún tiempo contándome sus andanzas por Utah y la ayuda que usted le había prestado en el asunto de la charca envenenada. También me decía que le había indicado que se diese una vuelta por aquí, pero que no sabía si usted atendería el requerimiento.

—¿Por qué no había de atenderlo? —exclamó Sol—. No me dio detalle alguno de lo que podía resolver por aquí, pero me indicó que, al parecer, sucedían cosas propias para mis tranquilos nervios, y decidí venir. Ahora, si no les molesta, hagan el favor de decirme a qué obedece este pánico colectivo, pues no lo comprendo.

—Se lo explicaré, si nos dan tiempo para ello, cosa que dudo; pero antes permítame que le haga algunas presentaciones.

Señalando al hombre gordo y bajito y a la muchacha que se sentaba a su lado, dijo:

—Este es Oscar Ewen, dueño de un buen rancho que se asienta no muy lejos de aquí, y esta es Dorothy Ewen, su hija. Aquel es David Dystal, el juez; este otro, Harland Dixol, el alcalde; estos, diversos comerciantes de Sierra Blanca, y yo me llamo Max Manchester y soy el dueño de esta posada.

Sol iba estrechando la mano de cada uno de los señalados, y Max, añadió:

—El motivo de que nos encuentre aquí reunidos, como podría encontrar en la escuela de ahí enfrente a otros varios y en alguno otro lugar a más habitantes del poblado, se llama Kik Seldon, por otro nombre, «el Tigre de Sierra Blanca».

»Kik es el forajido más cruel que ha manejado un revólver desde California al Mississippi y desde la raya de México a Montana, y por su crueldad se ha ganado el apodo de «Tigre de Sierra Blanca».

»Este pueblo tuvo la desgracia de ser su cuna. Nació en una granja de los alrededores, y desde niño se distinguió por su carácter pendenciero, por su crueldad extremada y por su falta de amor al trabajo.

»Su padre, a quien mató a disgustos, tuvo que echarle de su lado, y Kik marchó a Arizona, donde pronto cobró fama de pistolero. Un día regresó al poblado diciendo que estaba harto de correr aventuras y prometió hacerse un hombre formal, consiguiendo entrar como peón en el rancho del señor Ewen, quien le admitió creyendo en sus buenas palabras.

»Al poco tiempo pretendió la plaza de capataz, que le fue negada por poseerla un hombre que llevaba en el cargo muchos años; pero Kik no se resignó. Se había enamorado de la señorita Dorothy y quería ascender a capataz para adquirir categoría y aspirar a su mano.

»Pero Kik no se había enmendado. Cada vez que bajaba al poblado armaba alguna trifulca de las graves y su revólver era una máquina de abrir agujeros en el vientre de los *cowboys*.

»Como el señor Ewen no sólo le negara el cargo de capataz sino

que le dijera que no se lo daría nunca, ni nunca toleraría que cortejase a la señorita Dorothy, Kik se enfureció y, para vengarse de Alam, el capataz, que le tenía a raya, buscó un pretexto y de no muy buena manera le clavó a una pared de seis tiros.

»Cuando Rice, el *sheriff*, cumpliendo su deber quiso detenerle, le tumbó con dos balazos en el vientre, que le tuvieron entre la vida y la muerte, y más tarde se refugió en las montañas sin que se supiera de él durante seis meses.

»Antes de partir, juró al señor Ewen que no sólo se adueñaría de la señorita Dorothy, sino que le arruinaría, convirtiendo su rancho en un solar, y, ante la amenaza, se tomaron precauciones que luego parecieron tontas, pues, como le digo, Kik desapareció sin saberse una palabra de él.

»Pero cuando más tranquilos estábamos todos apareció de repente, y no solo, sino al frente de una poderosa cuadrilla, cuyos componentes son tan terribles como él.

»Tiene, en particular, un lugarteniente llamado Sam Gridley, que nada tiene que envidiarle, y apenas dieron señales de vida esto se convirtió en un infierno.

»El rancho del señor Ewen sufrió ataque tras ataque. Primero trataron de robarle el ganado, logrando llevarse algunas reses; pero ante el tesón que los peones pusieron en defenderle, varió de táctica y se dedicó a suprimir a los *cowboys*, cazándoles innoblemente donde podían, hasta sembrar el terror en el equipo.

»Como el ataque era solapado y nadie sabía nunca por dónde le iba a venir la muerte, los que sobrevivieron renunciaron al cargo y el señor Ewen se vio sin nadie que quisiera figurar en su equipo.

»Esto le costó perder las reses, que le fueron robadas con facilidad, y como sabía que un día podían asaltar el rancho y robarle a su hija, abandonó su hacienda y se vino al pueblo, a vivir en una casa que tiene aquí en la plaza.

»Kik no se resignó a no satisfacer sus deseos, y por dos veces intentó penetrar en el pueblo y raptar a la señorita Dorothy, pero se había montado tan bien la vigilancia que las dos veces tuvo que desistir, sufriendo bajas en su banda, pero causando bastantes entre los nobles defensores de ella.

»Entonces cambió de táctica, y mandó un aviso diciendo que, como contribución al pueblo, ya que éste se obstinaba en no entregarle a la señorita, nos imponía un castigo de cinco mil dólares al mes que debíamos reunir entre todos y pagarle para que se mantuviese quieto.

»Desdeñamos la petición y el primer mes, cuando cumplió el

plazo y no se le envió el dinero, penetró una noche en el pueblo y prendió fuego a varios almiares, a algunos sembrados y a varias casas de las afueras.

»Luego dejó un aviso diciendo que si al siguiente mes no se le entregaba a la señorita Dorothy o el dinero, su venganza sería mayor, y el señor Ewen satisfizo los cinco mil dólares y no sucedió nada.

»Durante algunos meses ha seguido pagando; pero, con razón, dice, que, sin poder explotar su rancho y con esa contribución, terminará por arruinarse.

»Él quería haber salido de la región y huir a algún otro sitio, pero teme la vigilancia de esos desalmados que nos cercan para no permitir su huida, y aquí está dentro de esta trampa, sin poder moverse y condenado a pagar o condenados nosotros a sufrir las consecuencias.

»Este mes hemos decidido no darle el dinero y como hoy cumple el plazo fatal estamos seguros de que Kik, furioso, bajará al pueblo dispuesto a cometer algún latrocinio de los suyos.

»Alguien ha encontrado pegado a un árbol un tosco escrito en el que se asegura que Kik no sólo bajará dispuesto a cobrarnos esa cantidad, sino a llevarse a la señorita Dorothy y a prender fuego al pueblo por los cuatro costados.

»Nosotros, ante la posibilidad de este ataque y contando con que «el Tigre de Sierra Blanca» pueda haber reforzado su cuadrilla para este ataque, nos hemos repartido como buenamente hemos podido, y aquí, en mi posada, en esta plaza, que es el centro del poblado, nos encontramos reunidos una docena de hombres decididos a luchar hasta el último momento de nuestras vidas antes que consentir que ese chacal lleve adelante sus proyectos.

»En otros edificios, como la escuela y el ayuntamiento, hay más hombres armados, dispuestos a la pelea; pero, en cambio, algunos, cobardes y medrosos, han huido del poblado decididos a salvar sus vidas aun a costa de la ignominia de dejar abandonados a sus convecinos y no defender a una pobre mujer.

»Ahora ya sabe usted lo que hay. Mi tío cuenta y no acaba de su valor, de su astucia y de su eficacia manejando el revólver. Si así es, contamos con que una vez más lo desenfunde usted en beneficio de una causa noble.

Todos asintieron con la cabeza al relato y un silencio impresionante reinó en la sala esperando las palabras de Sol.

Este se dirigió a Ewen, diciendo:

—No creo tener necesidad de decir que aquí me quedo y que mis

armas y vida están al servicio de ustedes, pero sí quiero decir algo más: Cuando se termine este posible ataque y ese tigre pierda alguna uña y tenga que retirarse a curársela a sus montañas, me propongo ayudarle a poner su rancho en marcha nuevamente. Nada se conseguiría con ganar esta batalla y quedar aquí encerrados esperando que se repita. Si principalmente se dirigen contra usted, que fijen la puntería en su rancho. Usted lo ha dado por perdido, ¿no es así? Pues vamos a establecer allí el cuartel general, vamos a obligarles a que acudan a él de cara, jugándoselo todo en el ataque y vamos a darles la batalla de ahora en adelante, no en el terreno que ellos elijan, sino en el que nosotros elijamos Esto nos dará una ventaja: centralizará el lugar de la lucha y librará al pueblo de una constante zozobra.

El ranchero se levantó, estrechó su mano y dijo:

—El rancho y toda mi fortuna la pongo a su disposición. Me resigno a perder todo con gusto y a volver a ser un mísero peón, si veo caer abatido para siempre a esa hiena carnicera.

—Caerá sin necesidad de que le sea tan costoso.

En aquel momento se captó el furioso galope de un caballo que descendía por una de las callejas para desembocar en la plaza, y cuando el jinete apareció en ella los defensores de la posada, que se habían preparado a la lucha, gritaron:

—¡Rice, el *sheriff*!… ¡Abrir, quizá venga perseguido!

Max se apresuró a franquearle la entrada y el *sheriff*, arrastrando su caballo al interior, gritó rabioso:

—¡Preparados!… ¡Ya vienen! ¡Son más de dos docenas!…

Capítulo II

«EL TIGRE» PIERDE VARIOS DIENTES



AX empuñando fieramente el rifle, se asomó a una de las ventanas y lanzó un agudo silbido. Inmediatamente fue respondido.

—Aviso a nuestros convecinos para que estén preparados—dijo a Sol—. Es nuestra señal.

—¿Por qué lado vienen?—preguntó Sol al *sheriff* que estaba preparando sus armas para la defensa.

—Por la calle principal.

—Perfectamente. Se les puede coger entre dos fuegos... ¿Tiene esta posada salida por la parte de atrás?

—Sí, ya hemos pensado en eso, y hay cuatro hombres vigilando.

—Lléveme allí para que me conozcan y no me frían a tiros. Voy a salir por ella.

—¿Qué locura va a intentar usted?

Sorprenderles por la espalda cuando estén más distraídos. Eso es de un efecto moral trágico.

—¿Usted solo?

—Creo que bastaré. Tengo un caballo que es una centella y servirá para mucho. ¡Vamos, no pierda tiempo!

Max le hizo cruzar un patio y salir a la corraliza que tenía al fondo una gran puerta de madera. En ella se habían abierto algunas aspilleras para poder ver y disparar desde el interior.

Max presentó a Sol y luego dio orden de descorrer la tranca para dejarle libre paso. «El Vengador», dejó su caballo en la corraliza y regresó al comedor de la posada dispuesto a observar desde él lo que sucedía y a disparar unos tiros, hasta que las circunstancias le aconsejasen o no poner en práctica su proyecto.

De repente, el silencio letal que abrumaba la plaza quedó roto por el frenético galope de multitud de caballos y por el estampido de infinidad de revólveres que crepitaban rabiosamente. La cuadrilla de «el Tigre de Sierra Blanca» entraba en el pueblo como

los bárbaros del Norte: a sangre y fuego, tratando de imponer el terror con su presencia, tanto como con su potencia.

Sol, asumiendo la dirección de la defensa sin que nadie se la hubiese cedido, ordenó:

—¡Que nadie dispare hasta que yo lo haga! Conviene dar sensación de serenidad y dominio, que es lo que más puede desconcertarles.

Si esperan un recibimiento alocado para fijar rápidamente nuestras posiciones que esperen a tener noticias de plomo sobre ellas.

Todos engarfiaron los dedos en los percusores, pero nadie osó contradecir la orden.

Sol se colocó junto a los hierros de una de las ventanas, empuñó sus dos revólveres y esperó.

El estruendo de los caballos y de las armas se acercaba raudamente. Alguien, con un vozarrón de energúmeno, insultaba a los habitantes del poblado, llamándoles cobardes e invitándoles a salir a pelear; pero nadie respondía a su reto.

Por fin, un grupo de jinetes desembocó en la plaza; pero de una manera prudente quedaron estacionados a la entrada de la calle, escudriñando la vasta extensión en busca de una posible trampa tendida para cazarles.

Rápidamente, el grupo engrosó hasta que la calle quedó taponada por el excesivo número de caballistas.

Sol les examinó de una rápida ojeada y pronto comprendió que Kik se había rodeado de lo peor y más duro de todo el Oeste. Aquellos rostros barbudos e innobles, aquellos ojos acerados y crueles, aquellos tipos recios y vigorosos, capaces de arrancar un árbol con una mano, formaban un pequeño, pero duro ejército, que iba a dar mucho que hacer e iba a resultar muy difícil de combatir.

De todos, le llamó la atención un tipo alto, fuerte, moreno de rostro, perfecto de porte y guapo de facciones. Era un gran tipo de hombre, que contaría a lo sumo veinticinco años y que demostraba una fortaleza y una energía poco comunes.

A su lado se destacaba un sujeto casi tan alto como él, de rostro oliváceo y ojos un poco bizcos. Parecía marcado en la frente por la acerada hoja de un cuchillo y montaba un caballo castaño de pura sangre, muy parecido al de su compañero.

Ambos vestían con cierta elegancia entre vaqueros y gente acomodada y lucían en la silla del caballo magníficos rifles, mientras que empuñaban fieramente grandes *colts* del 45.

—¿Quién es Kik?—preguntó Sol.

El más alto. Aquel moreno del pañuelo azul al cuello. El que está a su lado es Sam, su segundo.

—Bien, con eso me basta.

Kik aparecía rodeado de un buen número de sus hombres que le cubrían, quizá temerosos de que una bala suelta pudiera dar fin de él, mientras el resto, con mirada de halcón, registraba la plaza, preguntándose dónde estarían emboscados sus enemigos.

Kik señaló con la mano la posada y el colegio, y rugió:

—¡Tomad por asalto esos dos edificios! Ahí deben estar escondidos como cornejas. Si alguien se resiste, prender fuego a cuanto encontréis a vuestro paso; pero antes ¡esperad!

Y levantando la voz, clamó:

—Ewen, viejo chivo asqueroso. Aquí estoy decidido a adornar mi cinturón con tu sucia cabellera si te niegas a cumplir mis órdenes. Entrégame inmediatamente cinco mil dólares y tu hija, y prometo salir del pueblo sin reducirlo a cenizas. ¡Te doy dos minutos para decidirte!

Un silencio trágico reinó en la plaza después de esta brutal conminación. El sol caía de plano, proyectando las amenazadoras siluetas de los jinetes sobre el amarillo suelo y la sombra de un enorme pájaro cruzó por encima proyectando sobre él una estela negra que se fue alejando raudamente.

Sol, pegado a los hierros de la ventana, buscaba la manera de poder enfilar a gusto con su revólver a Kik, pero los hierros le impedían conseguirlo, aparte de que el forajido, medio tapado por sus hombres, no mostraba un blanco perfecto.

—¡Qué lástima!—murmuró. No está en línea de tiro, pero confío en que se ponga, y entonces...

Transcurrieron los dos minutos del plazo sin que nadie diese la réplica a la orden, y Kik, rabioso, gritó:

—¡Adelante! Quiero ver el pueblo ardiendo dentro de cinco minutos, y a quien me presente a Ewen, muerto o vivo, le regalaré veinte dólares.

Sam Gridley, el segundo de Kik, espoleó su caballo y se separó de su jefe, que quedó inmóvil, adelantándose a ponerse al frente de sus hombres. Su avance le apartó del lugar que le protegía y se puso a tiro de Sol, quien antes de que un solo jinete hubiese dado un paso para avanzar, disparó.

El bandido lanzó un rugido de tigre en celo y se llevó la mano izquierda al hombro derecho, donde había recibido el balazo. Kik volvió la cabeza y, sorprendido y lleno de una rabia feroz, rugió:

—¡Allí!... ¡Traedme la cabeza de los que se ocultan, pero nada

más que la cabeza!

Apartó a su segundo, no dejándole avanzar, y quedó en actitud expectante, contemplando a sus hombres que, como lobos, habían lanzado sus caballos contra la posada.

Pero una lluvia de plomo acogió el avance. Hombres y caballos rodaron por tierra entre relinchos y alaridos de dolor, y parte de los asaltantes, sorprendidos de aquel mortal recibimiento, retrocedieron hacia el otro lado de la plaza, acercándose al edificio de la escuela, del que aún no había salido un solo disparo.

Al hacerlo fueron recibidos de la misma forma que en la posada, y un hombre y dos caballos recibieron las caricias del plomo.

Kik envió al asalto a algunos de sus hombres que se había reservado, y éstos, trotando por la plaza como demonios, disparaban sobre las ventanas de ambos edificios, tratando de eliminar a sus defensores para poder entrar a saco en el interior.

Algunas de sus balas penetraban de través y dos de los defensores habían caído tocados por el plomo, pero el resto, bravo y tenaz, seguía en sus puestos, disparando a través de los barrotes y manteniendo a raya a sus enemigos.

Kik, rabioso por aquella bien organizada resistencia que no esperaba encontrar, dio una orden y sus hombros, replegándose, se apartaron del lugar del peligro.

El «Tigre» dio instrucciones en voz baja a algunos de la partida, y éstos desaparecieron de la plaza por una calleja transversal, mientras el resto buscaba lugares estratégicos y amparados por porches y esquinas, para abrir de nuevo el fuego contra la posada y la escuela.

Sol, adivinando los planes del forajido, se retiró de la ventana, diciendo:

—Creo que por ahora no intentarán el asalto. Tienen algo mejor que hacer. ¡Dos o tres hombres decididos que quieran seguirme!...

El posadero, el juez y un peón se brindaron a secundar sus planes, y Sol los llevó a la corraliza, diciendo:

—¡Cuidado! Van a intentar un asalto por sorpresa tratando de penetrar por esta parte trasera. Monten a caballo y cuando yo dé una orden que nos abran la puerta.

Sus compañeros le obedecieron y Sol pegó el ojo a una de las aspilleras, esperando ver aparecer a los forajidos por aquel lado.

Estos no se hicieron esperar mucho. Minutos después, habiendo dejado sus caballos en algún callejón cercano, avanzaban silenciosamente, tratando de ganar la empalizada, para así ponerse a cubierto de los tiros que pudieran cogerles de frente.

Sol se retiró, montó sobre «Stard» y, en voz baja, ordenó:

—A una seña mía, abran de golpe las dos hojas de la puerta, protéjanse tras ellas y esperen a que salgamos para cerrar rápidamente. Ustedes síganme cuando me lance fuera y tengan en cuenta que tenemos cuatro hombres delante armados de revólveres, pero a pie.

Movió una mano y dos peones hicieron girar rápidamente las puertas. Sol se arriesgó el primero, saliendo como una flecha, y el primer tiro brotó de su revólver y el primer forajido cayó a tierra sin tiempo para darse cuenta de lo que sucedía.

El posadero y el juez le secundaron sin dilación. Otro de los atacantes cayó mortalmente herido y un tercero acusó el plomo en una pierna cayendo a tierra, desde donde disparó sobre Sol; pero éste pudo esquivar el disparo de un salto de su montura, mientras el posadero remataba al herido.

El cuarto huyó alocadamente, consiguiendo alcanzar su caballo, con el que salió disparado hacia la plaza, al tiempo que Sol y sus dos bravos compañeros, persiguiéndole a tiros, alcanzaban la calle principal, detrás de él.

Kik, al observar que eran atacados por la espalda, giró rápidamente, llamando a sus hombres, los cuales se volvieron a hacer cara al nuevo peligro; pero Sol, que sabía que era suicida enfrentarse con toda la partida, dio orden de volver grupas y caminar de nuevo hacia la plaza por el sitio por donde habían avanzado.

Los forajidos, al descubrir que solamente se trataba de tres enemigos, galoparon tras ellos, disparando furiosamente, y Sol gritó a sus compañeros:

—¡No intenten entrar en la posada por detrás! Ganemos la plaza para que nos ayuden los que están dentro.

Rodearon la posada y al salir a la plaza, antes de exponerse a ser recibidos a tiros por sus propios compañeros, Sol les gritó:

—¡Salir todos, pronto, vamos a acorralarles!

A su orden, las puertas de la posada y del colegio se abrieron como por encanto y docena y media de hombres empuñando rifles y revólveres irrumpieron en la plaza.

—¡A ellos!—rugió Sol—. ¡Van a desembocar por esa calle!

Todas las armas enfocaron el estrecho callejón por donde acababa de surgir Sol y los suyos, y al instante un grupo de forajidos lanzaba sus caballos hacia la plaza impetuosamente, sin darse cuenta de la trampa en que habían caído.

Una lluvia de proyectiles acogió su presencia. Varios asaltantes

cayeron a tierra abatidos por el certero fuego de sus enemigos y se observó como Kik, tocado, hacía un extraño en el caballo, pero continuaba erguido en él.

El grupo vaciló, algunos replicaron a tiros y otros se replegaron; pero los habitantes del poblado, dándose cuenta de la vacilación de los indeseables, redoblaron sus esfuerzos disparando con más saña.

La desbandada entró en las filas de «el Tigre de Sierra Blanca»; éste, tocado y viendo mermadas sus huestes, dio una orden rabiosa, y todos, volviendo grupas, retrocedieron buscando la huida.

Pero Sol estaba dispuesto a no dejarles escapar, si ello era posible; e impetuoso se lanzó a la zaga de los fugitivos, disparando sobre ellos, no sin recibir contestación.

Los forajidos, poseedores de buenos caballos, galopaban como diablos manteniéndose a prudente distancia de sus perseguidores, pero no se dejaban alcanzar, porque desde las sillas y acostumbrados a disparar en cualquier postura, enviaban sus proyectiles hacia atrás tocando a algunos caballos y también a algunos hombres.

Sol forzaba la resistencia de su caballo tratando de alcanzar a Kik, al que distinguía tapado por algunos de sus hombres. Tras él, manteniéndose firme en la silla, galopaba Sam Gridley, su segundo, el cual, con el brazo derecho colgando a causa de la herida, disparaba fieramente con el izquierdo.

El fanfarrón ataque de «el Tigre de Siena Blanca» se había convertido en una denigrante fuga. Siete u ocho de sus componente; habían caído en la refriega y el resto, aunque valiente, no se sentía con ánimos de pelear con una avalancha de enemigos como la que se había formado para su persecución.

Kik, para salvar los restos de su banda, se dirigía directamente hacia la sierra. Sin duda, intentaba atraer hacia ella a sus enemigos seguro de que en los accidentes la montaña podría batirles con más seguridad; pero Sol no estaba dispuesto a dejarse engañar ni a permitir que los habitantes del poblado, borrachos de triunfo, cometiesen semejante imprudencia en el ardor de la pelea.

Antes de permitirles alcanzar el monte, disparó varios tiros contra el grupo que protegía al «Tigre» Su esfuerzo fue vano, pues no le alcanzó; pero, en cambio, consiguió herir al caballo que montaba Sam, el cual, coceando desesperado a causa de las heridas, se separó del grupo derivando a la derecha, para terminar por caer hacia adelante, enviando al jinete a varios metros de distancia.

En las filas de los forajidos hubo un momento de vacilación. Alguien, bravamente, se rezagó tratando de acercarse a Sam para

recogerle; pero Sol, que no estaba dispuesto a perder tan buena presa, forzó el galope de su caballo y contuvo a tiros a los que intentaban la maniobra.

Uno de los bandidos salió volteando de la silla, otro recibió un impacto en las espaldas y el resto, desistiendo, continuó galopando para unirse a sus compañeros, que ya alcanzaban los primeros desniveles del terreno.

Sol, adelantando su caballo hacia el forajido, que revolviéndose en tierra se dispuso a vender cara su vida, gritó:

—¡Alto, no sigan a meterse en una trampa!

El grupo, ante la orden, frenó la marcha y se quedó dudando, mientras Sol se disponía a hacer prisionero al segundo de Kik.

Pero éste no estaba dispuesto a dejarse coger. Sabía el fin que le esperaba y prefería morir matando, que era más noble y menos bochornoso para él

Con las rodillas clavadas en tierra, empuñaba el revólver con la mano izquierda, y debía dominar bien el tiro con dicha mano, porque el primer proyectil pasó rozando la cabeza de Sol, el cual pudo evadir el impacto inclinándose hacia el cuello de su caballo

Pero inmediatamente su fina puntería puso fin a la lucha. De modo ex profeso, disparó a un determinado punto, y el revólver del forajido voló por el aire al recibir un proyectil que le destrozó la mano.

Sam lanzó una desesperada maldición al saberse impotente. Hubiese preferido un tiro en la cabeza o al corazón antes de verse en aquel estado que le dejaba a merced de sus enemigos, los cuales le someterían a una cruel tortura hasta terminar por colgarle de un roble.

Cuando Sol se apeó frente a él, el forajido, con los ojos inyectados en sangre, rugió:

—¡Que el infierno te trague mil veces, condenado pistolero! ¿Por qué no me has dado en el corazón en lugar de darme en la mano?

—Porque tengo mucho interés en charlar un ratito contigo. Creo que sabes demasiadas cosas para mandarte con tu compadre el diablo, sin que te purgues la lengua soltando lo que sabes. A ver, amárrenme bien a este reptil, y tengan cuidado no les muerda, que debe tener los dientes llenos de veneno.

Tres peones se arrojaron sobre él para reducirle, pero Sam, recio y poderoso, se revolvía como un perro rabioso y alguien tuvo que aplacarle los nervios administrándole un buen culatazo en el cráneo para atontarle.

Cuando le tuvieron reducido a la impotencia, Sol ordenó:

—Llévenselo para la posada; los demás que se preocupen de recoger a los caídos, y si hay algún sapo de éstos con vida consérvenlo hasta que yo disponga otra cosa.

Nadie osó contravenir sus órdenes y, desandando el camino fueron recogiendo los despojos de los caídos.



Capítulo III

PENA DE MUERTE AL FORAJIDO



UANDO volvieron a la plaza, el balance era demasiado sangriento.

Los defensores del poblado contaban con seis bajas definitivas, tres heridos graves y cinco con posibilidades de pronta cura, y en cuanto a la cuadrilla de Kik, había dejado ocho muertos, un herido gravísimo y otro menos grave.

Los demás habían conseguido mantenerse a caballo y huir, pero esto no era obstáculo para augurar que la partida del famoso forajido había sufrido un quebranto tan sensible que permanecería algún tiempo estancada sin poder intentar un nuevo ataque hasta que pudiese renovar los puestos vacantes.

Un gran alborozo reinaba en el pueblo después de la ruda pelea. Sus defensores, los que habían permanecido ocultos en sus casas a la expectativa de lo que pudiese suceder y algunos huidos que regresaban del valle, vitoreaban a Sol de modo entusiasta, y las mujeres, llevando a sus hijos de las manos, lloraban de emoción al saberse libres de las represalias de aquellos monstruos.

Sol, rehuyendo tanta prueba de entusiasmo, advirtió:

—No se congratulen tan pronto del éxito. Esto sólo habrá servido para encender más el odio de ese granuja y tengo por seguro de que aun nos esperan días de luto y de sobresalto. Que cada uno cumpla ahora su deber y se vaya preparando para jornadas venideras.

Dorothy, que había permanecido en el pueblo retenida por los elementos que quedaron allí para su defensa se acercó conmovida a Sol, diciendo:

—Muchas gracias por su valiosa ayuda, señor King. Sólo a usted debemos este éxito tan grande, pero le juro que estoy dolida de saber que sólo yo soy la causa de la muerte de esos infelices...

—No se atribule en balde, señorita Ewen—dijo Sol—. Usted no es culpable de los instintos malvados de ese tigre. Usted le ha

servido de pretexto; pero de no existir ése, hubiese inventado otro, porque lleva el mal en la masa de la sangre.

Mientras las mujeres procedían a ocuparse cariñosamente de los heridos, Sol, con la plana mayor de las autoridades del pueblo, se reunió en el comedor de la posada, donde Sam y su compañero habían sido depositados en el suelo.

—Cúrenles como mejor puedan —advirtió Sol—, El que a la hora de juzgarles merezcan ser colgados de un roble no impide ser humanitarios. Ellos no pensarían lo mismo, pero en eso estriba nuestra diferencia.

Alguien se brindó a lavar y vendar las heridas de Sam y del otro forajido, y los demás, sentados en torno de una mesa, deliberaron sobre la situación.

—Señores—dijo Sol—, hemos ganado una pelea ruda que no es decisiva ni mucho menos. Es cierto que las bajas enemigas son sensibles y que les hemos arrebatado uno de sus más feroces y peligrosos elementos, pero mientras quede «el Tigre de Sierra Blanca», que es la semilla, ésta fructificará de nuevo y con más raíces.

Por ello estimo que lo procedente es tomar todas las precauciones imaginables, no sólo para que no les cojan desprevenidos, sino para organizar una ofensiva a fondo que, en lugar de convertirle en atacante, le fuerce a verse convertido en atacado.

De todas suertes, como yo no soy aquí más que un extraño y ustedes cuentan con personas de autoridad y solvencia, dejo a ellas la palabra para que sean quienes dicten las normas que estimen pertinentes.

El *sheriff*, que aparecía con la cabeza vendada a causa de la rozadura de una bala, se adelantó, diciendo:

—Señor King, como creo interpretar el sentido de todos los presentes, le diré una cosa: Es cierto que nosotros somos la autoridad. Aquí estamos el juez, el alcalde y yo, pero también es cierto que hasta ahora hemos resultado impotentes para acabar con esa cobra. Creo que hoy mismo la cosa se hubiese desarrollado de muy distinto modo de no estar usted presente y organizar un doble contra ataque que les ha derrotado. Por mi parte, me someto a sus ideas y prometo acatarlas y cumplirlas a medida de mis fuerzas.

Unánimemente fue aprobada la proposición, y Sol, muy agradecido, exclamó:

—Cargan ustedes sobre mis hombros una responsabilidad terrible y quiero advertirles que no soy omnipotente. Puedo hacer

muchas cosas, pero no todas, ni prever lo imprevisto. Con mi iniciativa y mi ayuda o sin ellas pueden suceder aún muchas cosas desagradables y no quiero ser el responsable directo de ellas.

—¿No habrían de suceder igual de otra manera?

—Posiblemente; pero con esta salvedad no tengo inconveniente en poner cuanto esté de mi parte para ayudarles y aconsejarles.

—Pues empiece, para ganar tiempo.

—En primer lugar creo que se debe formar un tribunal de urgencia que juzgue a estos hombres. Debemos oírles, y según se comporten, proceder.

—Muy bien —dijo el *sheriff*—. Propongo que le juzguen el señor juez, el señor alcalde y usted, como presidente.

—Y usted también, señor Rice.

—Acepto, quería inhibirme modestamente.

Se sentaron en la cabecera de la mesa y Sol hizo señas para que arrastrasen a Sam, el cual, mordiéndose los labios hasta hacerlos sangrar, miraba a Sol con un odio reconcentrado que pretendía fulminarle.

Sol sonrió divertido, diciendo:

—Sam Gridley, se te acusa de ser el lugarteniente de Kik Seldon, más conocido por «el Tigre de Sierra Blanca», ¿lo reconoces así?

El bandido lanzó un salivazo, diciendo:

—¡Al diablo con esta comedia de tribunal Si me vais a ahorcar!, ¿para qué tanto teatro?

—Quizá podamos ser magnánimos contigo y conmutarte la pena por prisión perpetua. Todo depende de lo que nos quieras decir para ayudarnos a mandarte como compañero a Kik.

Sam rio siniestramente, replicando:

—¿Creéis que me interesa seguir viviendo para pasar encerrado toda la vida en una prisión y además con una mano inútil? Prefiero morir de una vez.

—¿Es ésa tu última palabra?

—¡La última!—rugió rabioso el bandido.

—Bien, considerando que no puedes negar que has asaltado este tranquilo pueblo y has disparado sobre sus habitantes y que perteneces a la banda de Kik quedas condenado a ser colgado de una fuerte rama. ¿Tienes que alegar algo a tu favor?

Sam, rechinando los dientes, contestó:

—Nada. El día que «el Tigre» vuelva a este pueblo me vengará y en el infierno hablaremos después.

Sam fue retirado y se hizo comparecer al otro forajido.

Sol insistió en las mismas preguntas y el acusado se negó a

contestar a ellas.

—¿No quieres salvar tu cabeza?—preguntó Sol.

—No me ofrecéis garantía ninguna. Sé que después de hablar me colgaréis igual. Buscar a Kik, si podéis, cosa que no me parece fácil.

El Jurado, en vista de la negativa de ambos presos, se decidió a proceder. Dictada la sentencia, urgía llevarla a cabo.

Sol recabó para sí la ejecución.

—Déjenmelo. Quiero que Kik sepa que han sido colgados y quiero que sepa que he sido yo. Esto quizá le haga derivar hacia mí su odio y amengüe sus represalias sobre ustedes. A mí, tanto me da que me odie más o menos.

Hizo cargar a los condenados a lomos de dos caballos y, abandonando el pueblo, se dirigió hacia las estribaciones de la montaña por donde habían desaparecido los forajidos. Ya allí, buscó un par de árboles de ramas sólidas y apropiadas y cuando los encontró, dijo:

—Aquí mismo. En estas ramas y mirando hacia la sierra. Quiero que cuando Kik se asome los vea de frente y sepa con certeza el fin que han tenido sus secuaces y el que él tendrá el día que caiga en mis manos.

Se prepararon dos lazos pasándolos por las ramas y después de encajar el nudo corredizo en el cuello de los condenados, fueron montados a caballo debajo de los árboles.

—Podéis rezar lo que sepáis. Os doy cinco minutos para ello.

Sam, que parecía que iba a estallar de rabia, rugió:

—¡Vete al infierno y acaba pronto! No quiero nada de vosotros.

Sol agitó una rama que llevaba en la mano y azotó los flancos de los caballos. Estos, a los golpes, salieron trotando y los dos bandidos, arrancados de las sillas, quedaron pendiente de los lazos, agitándose siniestramente.

Dos minutos más tarde sólo eran dos masas inertes y grotescas pendiendo de las ramas. Sol ordenó dejarles allí, y tomando lápiz y papel trazó unas líneas que clavó en el árbol.

Era un reto audaz a Kik Seldon, que decía así:

> Al «Tigre de Sierra Blanca»:
>
> Hoy te hemos administrado una buena zurra y te hemos producido bajas sensibles. Como remate, hemos ahorcado a tu segundo. Espero que vuelvas a dar la cara para hacer lo mismo contigo. En el rancho de Oscar Ewen me tendrás a partir de este momento.
>
> EL VENGADOR.

Todos desfilaron por el árbol leyendo el reto, y una palidez mortal cubrió sus rostros. Consideraban que era demasiada audacia retar a Kik de aquella forma y elegir, además, como punto de cita, el rancho de Ewen, abandonado y fácil de asaltar.

Sol montó a caballo, y seguido de sus hombres, que caminaban pensativos, se dirigió al pueblo.

Este parecía haber adquirido su vida normal. Los establecimientos se habían abierto, las tabernas se hallaban atestadas de parroquianos que celebraban la victoria, comentando sus incidencias y por todas partes el nombre de «el Vengador» vibraba como un clarín de guerra.



...sólo eran dos masas inertes.

La posada se había llenado de gente y cuando regresaron de la ejecución se vieron rodeados, solicitando ansiosamente detalles e instrucciones futuras.

Sol se dirigió a Ewen, el ranchero preguntando:

—¿Cuáles son sus propósitos, señor Ewen?

—No sé qué decirle, Sol. Mi gusto sería enviar fuera de aquí a mi hija y quedarme al lado de usted para correr su suerte, buena o mala; pero no sé si habrá seguridad para sacarla.

Dorothy se apresuró a intervenir, afirmando:

—La haya o no la haya, no me moveré de aquí. Soy la causa involuntaria de cuanto está sucediendo y quiero correr el riesgo común, o mayor, si es preciso. No te obstines, que no saldré de Sierra Blanca.

Sol, que la oía complacido, admirando su temple, dijo:

—Bien, creo que tiene usted razón. Ahora debo advertirles que yo me voy a declarar huésped de su rancho por tiempo indefinido. He retado a Kik a que me busque allí y debo cumplir mi palabra.

—¡Pero eso es una locura!—afirmó la joven temblorosa.

—No creo que lo sea si cuento con gente capaz de secundarme como me han secundado esta vez. Emplazo a los jóvenes dé este poblado a que se enrolen en el equipo que desde este momento voy a formar para su rancho. Si hay quien sienta en sus venas la verdadera sangre del Oeste, esta tarde, antes de que caigan las sombras, les espero allí, y si no acuden, será igual: yo me quedaré solo.

Ewen se adelantó, diciendo:

—Solo, no. Yo le acompañaré a usted, y mi hija también.

Max, el posadero, afirmó sonriendo:

—Me temo que no va a tener usted ganado suficiente para todos los peones que se le presentarán esta tarde en el rancho. No quisiera equivocarme, pero van a ser muchos.

—Bien; haré una selección—afirmó Sol.

—Y yo prometo adquirir el ganado preciso para reanudar mi negocio. No quiero ser menos que nadie ni exponer menos que ninguno. Cuando usted quiera, señor King, podemos marchar al rancho—advirtió Ewen.

—Bien, permítame antes tomar algo. Con el festejo, se me ha abierto un apetito de mil demonios y no voy a tener fuerzas para llegar.

Max sirvió una buena comida en frío a Sol, al ranchero y a su hija, y una hora más tarde los tres montaban a caballo, abandonando el pueblo, no sin que antes el posadero dejase de ofrecer llevarles comestibles, ya que el rancho se encontraba desmantelado.

Abandonaron el pueblo por la parte contraria a la que Sol había traído cuando entrara en él. Ahora trotaban por un valle abierto, cubierto de abrasada hierba, aunque gran cantidad de pinos, diseminados por la llanura, solían prestarles algo de sombra.

A la izquierda quedaban las estribaciones de la sierra que se corrían hacia el Norte mirando hacia Nueva México, y de frente, un dilatado bosque se extendía verde y brillante, ganando unas

depresiones que se elevaban gradualmente.

Dorothy, que caminaba junto a Sol, extendió su brazo, diciendo:

—Detrás de ese conglomerado de árboles está nuestro rancho.

—Es un bonito sitio—afirmó Sol.

—Ya lo verá usted; está en terreno llano, aunque esa parte sea un poco elevada. Tiene unos pastos magníficos y la hacienda se ampara de los vientos del Norte por un talud a cuyo pie mi padre mandó construir el rancho. Tenemos agua en abundancia, pues cruzan tres arroyos y hay una charca bastante extensa. Ha sido una pena que ese mal nacido lo haya echado todo por tierra.

—Ya veremos de levantarlo de nuevo—afirmó Sol optimista—. Confío en deshacerme de Kik, como me he deshecho de otros tan fieros como él. Todo depende de que la gente de este pueblo esté dispuesta a secundarme.

—Yo creo que lo harán, señor King. Tiene usted algo que atrae y electriza a la gente. Esta mañana, a pesar de saber que se habían agrupado cincuenta o sesenta hombres que se creen valientes y que no cabe duda de que lo son, yo no estaba segura de que lograrían vencer a Kik. Su nombre, su ferocidad y su cuadrilla les impresionaban demasiado. Se hubiesen escudado en sus encierros, dejándose matar sin tomar iniciativa alguna, y el final me lo imaginaba trágico. El mismo *sheriff*, que es hombre bravo y curtido, parecía medroso. Bien es cierto que tiene que recordar los dos tiros que recibió de manos de Kik, pero han necesitado el estímulo de usted, su sangre fría y su acometividad, para sentirse contagiados y dar de sí todo cuanto podían, y ha sido usted con el ejemplo, y no ellos, quien ha conseguido ese brillante éxito.

—Muchas gracias por sus elogios—dijo Sol—, pero creo que todo ha sido sugestión. Espero que en momento oportuno se agrupen en torno a nosotros un par de docenas de muchachos valientes y duros, y si lo hacen, cuente con que Kik durará en Sierra Blanca lo que una galleta a la puerta de un colegio.

—Dios le oiga, Sol. No lo deseo por mí, sino por mi padre, que terminará muriendo del corazón, y es cuanto tengo en el mundo.

—Procuraremos que ese corazón no se afecte mucho. De todas formas, no hay que contar con muchas horas de calma. Kik estará rabioso, le he herido en lo más íntimo lanzándole un reto y tratará de recogerlo por vanidad, por amor propio, por vengar a sus muertos y por conservar el prestigio entre su cuadrilla. ¡Quizá a estas horas haya leído ya mi aviso y esté mordiéndose las heridas uñas para afilarlas de nuevo contra nosotros!

Dorothy, alarmada, dijo;

—No hemos debido venir tan pronto al rancho. Podíamos haber esperado que se nos uniesen los que estén dispuestos a enrolarse en el equipo.

—¡Bah!... Ya llegarán. Tenía que reconocer el terreno y tener tomadas medidas para cuando ellos lleguen. No creo que Kik esté en condiciones de acudir tan pronto a la cita, suponiendo que no vendremos tan pronto al rancho y, sobre todo que no lo haremos solos.

Los tres caminaban ahora bajo la tupida sombra de los robles y encinas que les prestaban un fresco agradable.

Aunque la tarde se batía ya en derrota, aún picaba el sol como un lagarto rabioso, y el arbolado era como un sedante al calor pegajoso del día.

Por fin, el bosque se aclaró, dejando ver el paisaje que ocultaba. Detrás de las últimas filas compactas de árboles, se abría el valle con un alto farallón al fondo, y pegado a él, el rancho, con su amplia empalizada, sus cobertizos y la inútil alambrada que acotaba los pastos. Dorothy sintió que unas lágrimas de emoción acudían a sus ojos al contemplar de nuevo la abandonada hacienda, y Ewen se mordió los puños con rabia para no exteriorizar sus pensamientos de forma más débil.

Cuando se fueron acercando por una senda enarenada que conducía hasta la puerta, Sol pudo apreciar los estragos del tiempo y del abandono.

La cerca de alambre espinoso aparecía rota por diversos lugares, la puerta de la empalizada se hallaba medio abierta, y arriba, en la galería, los tiestos, sin riego, aparecían mustios y secos, añorando una mano cariñosa y femenina que les ayudase a resucitar.

Sol se hizo cargo de la importancia del rancho con sólo echarle una ojeada y calculó que poseía pastos para más de cuatro mil reses y capacidad para un equipo de dos docenas de hombres.

La senda que conducía a la empalizada estaba sombreada por una doble fila de altos y rectos álamos que Ewen mandó plantar, y algunos robles centenarios se diseminaban por entre la hierba del valle.

Cuando llegaron ante la empalizada se detuvieron, echando pie a tierra. Sol penetró el primero, echando una ojeada al patio, sucio y vacío, mostrando matojos de hierba mala por entre las junturas de las piedras.

Al fondo, el porche presentaba una enredadera desgajada en parte. Las raíces se habían desprendido de las abrazaderas de hierro y los galpones mostraban sus puertas abiertas, y ante ellas, arreos,

látigos, algunos sacos rotos y gran cantidad de latas de conservas vacías.

—¡Qué pena! —murmuró Dorothy casi sollozando.

—Ya lo adecentaremos un poco: buscaremos un buen cocinero y una criada para usted, y dentro de cuarenta y ocho horas esto será otra cosa. ¿Vamos arriba?

—Sígame—dijo Ewen, que casi no podía hablar de lo emocionado que se encontraba.

Cruzaron el porche y, ascendiendo por una pina escalera, alcanzaron el piso superior. A la derecha, corría un pasillo con diversas puertas, y Ewen, señalando una, dijo:

—Pase, Sol, éste era mi despacho.

Capítulo IV

EN EL UMBRAL DE LA MUERTE



SCAR Ewen, el ranchero, empujó la entornada puerta, echándose a un lado para dejar pasar a Sol preferentemente, y éste dio un paso hacia el interior; pero en aquel momento tres imponentes *colts* amenazaron su pecho desde distintos ángulos de la estancia, mientras a su espalda, surgiendo de la habitación fronteriza, otros dos imprevistos atacantes encañonaban a Ewen y a su hija.

Sol hizo ademán de echar mano al revólver, pero comprendiendo que era suicida hacerlo, quedó envarado, mientras una voz, entre burlona y rencorosa, dijo:

—Buenas tardes, señor King; es para mí un placer verle tan de cerca, como para usted lo será comprobar que he aceptado su invitación y no he vacilado en acudir a su amable cita.

Quien así hablaba era Kik Seldon, «el Tigre de Sierra Blanca». Le había reconocido instantáneamente por su rostro moreno, su porte altivo y elegante y por sus rasgos duros y enérgicos.

Kik tenía la muñeca izquierda vendada. Debía ser en ella donde había recibido el tiro durante la refriega de horas antes.

Sol se envaró endureciendo los músculos de su rostro para no manifestar al exterior sus más íntimos sentimientos; pero estaba recordando las cautas advertencias de Dorothy sobre la premura en acudir al rancho y se estaba insultando terriblemente a sí mismo por haber puesto en peligro a la joven a causa de una vanidad estúpida.

Kik, al observar que no era contestado, añadió:

—¿Qué sucede, mi querido amigo? ¿Es tanto el miedo que siente que se le ha cortado el habla? Había oído decir que era usted un hombre excepcional, pero veo que es tan medroso y vulgar como el último habitante de Sierra Blanca.

Sol sintió el impulso irrefrenable de saltar sobre Kik y deshacerle la boca a puñetazos; pero comprendiendo que no le sería posible, se encogió de hombros y contestó:

—¿Para qué vamos a discutir lo que no es usted capaz de poner a prueba? Creo que quien está demostrando más miedo en esta ocasión es usted y no yo. Ustedes son un puñado con media docena de revólveres en la mano y yo un hombre sin medios de defensa. Es ridículo hablar del miedo ajeno cuando se sirve de máscara para ocultar el propio.

Kik palideció al oír el insulto y bramó:

—No hay hombre en el mundo capaz de llamarme a mí cobarde sin que le tape la boca a balazos.

—Pero no luchando cara a cara para demostrar el valor… Poder, puede hacerlo, pero… cobardemente.

Kik saltó como una fiera y aplicó el puño derecho al rostro de Sol. Este volvió la cara, lívido como la nieve; pero no se movió del lugar donde estaba.

Kik retrocedió furioso y, mirando fijamente a Sol, repuso:

—Si no mediase lo que media, le daría ocasión de demostrar esa valentía de que presume, pero no puedo exponerme a verme acorralado si ha dado usted cita aquí a todo el pueblo para que le protejan. Necesito a esa mujer, y ya la tengo; necesito a ese hombre que me ha humillado horriblemente, y le tengo también, y le necesito a usted, para cobrarme la muerte de mi segundo y la de algunos de mis hombres, y también está en mi poder. ¿Para qué exponerme a nuevas pruebas si sus palabras no van a borrar todo un historial ganado en fuerza de jugarme la vida?

Hizo una seña a sus hombres que tenían sus revólveres clavados en el pecho de Sol y ordenó:

—Desarmarle, amarradle bien y después…

No dijo más, pero aquella pausa fue para Sol como la definitiva sentencia de muerte suya, y corroído por la rabia, no mostrándose dispuesto a sufrir una muerte infamante y sin defensa, optó por morir como un hombre luchando fieramente.

Tensionó sus músculos, y cuando los dos forajidos que le custodiaban estiraron el brazo para aferrarle, saltó como un muelle, y de dos terribles manotazos les obligó a soltar el revólver al suelo, en medio de su mayor asombro.

Sus brazos, rudos como troncos de roble, accionaron en dos flexiones brutales, y uno a su derecha y otro a su izquierda salieron proyectados de espaldas, escupiendo dientes y sangre por la boca, al tiempo que de un salto fantástico se arrojaba sobre Kik, dispuesto a pelear con él fieramente.

Pero el bandido, que no se hallaba en condiciones físicas para luchar con un hombre de aquella envergadura, al verse perdido

levantó el brazo y el revólver que tenía empuñado por el cañón lo lanzó fieramente sobre Sol cuando éste saltaba sobre él.

El arma dio de lleno en la frente de «el Vengador» y el terrible impacto le hizo caer a tierra privado de sentido, con una herida en la frente que manaba abundante sangre.

Kik respiró fatigoso al darse cuenta del peligro que había corrido, y dirigiéndose fríamente a sus dos secuaces, que se habían levantado maldiciendo terriblemente, gritó:

—Os estuvo bien merecido por imbéciles. Habéis dado muy poca importancia a un hombre como éste que posee un historial terrible en todo el Oeste. ¡Os debió deshacer la cabeza por idiotas!

Ewen y Dorothy, paralizados de terror, habían asistido a la terrible prueba admirando el temple de Sol, pero sin poder intervenir en su favor. Los revólveres que les amenazaban por la espalda se lo impedían.

Kik dio una orden.

—Amarrarme a esa pareja, si es que no os obligan a desmayaros con un suspiro suyo, y tú, Bob, ven acá.

Un hombretón, que más parecía un oso que un hombre, avanzó, balanceándose como los plantígrados.

—¿Qué deseas, jefe?—preguntó.

—Como tú le tienes que estar agradecido a ese sapo por haber eliminado a Sam y pasar a ocupar su puesto, te lo entrego para que le demuestres, tu alegría por el favor que te ha hecho.

—Gracias, Kik. Cumpliré tus deseos, y lo haré tan bien que no le daré ocasión para que permita que otro se encuentre más tarde en mí mismo caso y tenga que darle las gracias a mi costa. ¿Te parece que le haga tomar parte en el festejo de la piedra redonda?

—Bueno. Tú eres maestro en toda clase de fiestas macabras y lo dejo a tu elección.

—Muy bien, pues te prometo que te divertirás un rato.

—Yo, no; yo tengo mucho que hacer. Me interesa más charlar un ratito con esa paloma blanca y tengo que preparar todo para que nos larguemos, no sea que acuda mucha gente y nos den un nuevo disgusto. Aún no estamos preparados para la revancha, pero nos la tomaremos muy en breve.

—Como quieras, Kik. Yo voy a dar un rato alegre a los muchachos, que se lo tienen ganado.

—Pero no tardes. No creo que ese guiñapo esté en condiciones de hacer equilibrios en la piedra.

—Lo estará, no te preocupes. Yo le haré revivir con un buen baño, y si se resiste, le clavaré cuchillos en los riñones para que

vuelva en sí.

Ataron reciamente al inanimado Sol y arrastrándole de allí le bajaron al patio, donde entre tres le zambulleron en el agua del pilón repetidas veces para hacerle recobrar el conocimiento.

Tardaron más de un cuarto de hora en conseguirlo; pero, por fin, el prisionero se reanimó, abriendo los ojos.

Bob dio una orden.

—Vendarle un poco esa cabeza, sino no nos va a ver bien a la hora del baile.

Un forajido le ató un pañuelo a la frente, conteniendo la hemorragia, y Sol, que poseía una fortaleza de elefante, se rehízo mirando a todos con furor ciego.

Hubiese preferido que Kik le administrara un tiro en el lugar donde le había dado el golpe antes de verse sirviendo de mofa a aquella chusma, pero ahora nada podía intentar contra ella en la forma que se encontraba, Despreciativo, escupió hacia ellos, y Bob, riendo brutalmente, gritó:

—No gastes saliva, muchacho, que luego te va a hacer mucha falta para tragártela. ¡Tú no sabes el rato divertido que vas a pasar!...

Sol, angustiado, se preguntaba qué clase de tortura le irían a administrar, y, mirándoles torvamente, esperó.

A una seña de Bob, dos compañeros cargaron con él, dirigiéndose a un extremo del patio, donde crecía una magnífica higuera de retorcidas ramas.

Bob examinó el árbol y, satisfecho, ordenó:

—Jim, busca una piedra redonda de las que tú sabes. Ahí afuera he visto muchas.

El bandido salió fuera de la cerca y poco después regresaba portando un enorme canto de unos veinte centímetros de altura. El canto liso, como si le hubiesen lijado, parecía un rollo y, mirando a Bob, dijo:

—¿Dónde lo coloco?

—Debajo de esa rama que sobresale. Creo que está ahí para que la fiesta resulte más vistosa.

El bandido colocó la piedra debajo de la rama y Bob ordenó:

—Sujetarle bien entre dos con los pies apoyados en la piedra. «Voy a tomarle la medida»...

Sol palideció al oírle. Ignoraba la clase de refinado suplicio a que iban a condenarle; pero adivinaba que todo era una astucia para terminar ahorcándole en medio del mayor sufrimiento mental que podía padecer.

Impotente para resistir, se dejó aupar sobre la piedra cuya base, por estar redondeada, no le iba u permitir afianzarlos pies en ella, y el bandido, cuando le vio sobre el pedrusco debajo de la rama, se subió sobre los hombros de un compañero y pasó una recia soga por la rama, atando un cabo en ella.

El cabo restante lo pasó por el cuello de Sol y cuando tuvo la medida de su cuello a la altura de la rama, fabricó un nudo corredizo y se lo pasó por la garganta, quedando de esta forma la cuerda casi tirante.

El suplicio consistía en dejar a Sol sin apoyo alguno, y que éste realizase los más inverosímiles equilibrios sobre la piedra para mantenerse erguido sobre ella. En tanto lo consiguiera, el lazo no surtiría efecto, pero en el momento en que perdiese el equilibrio y se fuese de lado, hacia atrás o hacia adelante, él mismo haría presión sobre el nudo corredizo ajustándolo más a su cuello por la presión, y si caía de la piedra quedaría inmediatamente ahorcado.

Cuando los macabros preparativos estuvieron consumados, Bob ordenó:

—Dejarle bien colocado en el centro para que pueda mantener el equilibrio. ¡Que no piense que no le concedemos el máximo de ventaja!

Le afianzaron los pies en el centro de la piedra y luego, poco a poco, para permitirle que variase la postura de los pies, hasta encontrar el centro de gravedad, le fueron dejando falto de apoyo hasta retirárselo por completo.

La tarde moría gradualmente, en un sangriento, apoteosis de sol. El cárdeno reflejo de éste hería el patio de través, bañando el cuerpo del condenado en un tinte sangriento que hacía más trágica la visión dantesca del refinado suplicio, y media docena de forajidos, de espaldas a la tapia, contemplaban a Sol un poco sobrecogidos por el cuadro, a pesar de tratarse de hombres duros y faltos de todo escrúpulo y sentimentalismo.

Sol sintió como nunca un ansia de vivir enorme. Sabía que no tenía salvación, que estaba condenado a morir ahorcado y que todo cuanto realizase para retrasar aquel trágico momento sólo era añadir una nueva tortura a su espíritu y, sin embargo, no se daba por vencido. Confiaba en un algo sobrenatural que le salvase en el último segundo de su vida y realizaba los más sobrenaturales esfuerzos en mantener el equilibrio en aquella piedra fatídica, que, por su estructura, se resistía a todo punto de apoyo.

Un imperceptible, pero continuado movimiento nervioso agitaba su cuerpo. Su virilidad se contorsionaba para no irse de lado tirando

del nudo fatal, y cuando alguna vez no lo conseguía, la cuerda, al ponerse tirante, medio le asfixiaba, y en un esguince terrible trataba de recuperar la estabilidad.

Los forajidos, que al principio se habían mantenido silenciosos y huraños, no pudieron resistir la brutal hilaridad que les producía los grotescos movimientos del condenado para guardar el equilibrio, y lo que primero provocó en ellos una sonrisa, terminó encendiendo las más crueles y repugnantes carcajadas.

Todos reían con estruendo, algunos se doblaban hacia adelante obligados por el regocijo, y Bob, inventor del suplicio, reía también de una forma sonora y brutal, capaz de encender la ira en el espíritu más duro.

Sol, lívido, desencajado, próximo a la demencia, les veía reír y extremaba sus agotadores esfuerzos hasta que un aplanamiento total se apoderó de él.

Se daba cuenta de que estaba sirviendo de mofa y de que nada iba a conseguir, y por ello, entendiendo que era mejor morir de una vez, cesó en sus flexiones y se dejó ir de costado para que la tirantez de la cuerda acabase antes con él.

Todos se dieron cuenta de que el momento final había llegado y una última y más sonora carcajada vibró en el patio como un trueno al verle inclinarse siniestramente a su derecha, poniendo la cuerda tensa; pero en aquel mismo momento vibró un disparo a espaldas de los forajidos y la cuerda, segada diestramente por el inesperado tirador, se partió junto a la rama y Sol cayó pesadamente sobre las losas del patio.

Los forajidos, como impulsados por un resorte, volvieron la cabeza llevando las manos a los revólveres, pero media docena de disparos, brotando simultáneamente de lo alto de la cerca, les barrió como un huracán, abatiéndoles en mitad del patio.

Y como demonios surgiendo de la tapia, saltaron al interior, Rice, el *sheriff*; Max, el posadero, David Dystal, el juez y media docena de hombres más, que empuñaban sendos revólveres, por cuyos cañones aún brotaba una débil columna de azulado humo.

* * *

La providencial intervención de aquellos hombres animosos y valientes, se debió, en primer lugar, a Max, el posadero.

Este, receloso, poco confiado, más pesimista que optimista para todas sus cosas, no vio partir a Sol y al ranchero con mucho agrado, sabiéndoles solos. Su gusto hubiese sido que esperasen a reunir una

docena de hombres decididos que pudiesen prestarles una ayuda eficaz, y corroído por un extraño presentimiento, advirtió al *sheriff*:

—No me agrada tanta confianza, Rice. Sol es valiente, no cabe duda; pero creo que fía mucho en su estrella. No conoce a Kik y no sabe que es más vehemente que él.

—¿Qué quieres decir, Max? —preguntó el *sheriff*.

—Que yo no estoy muy seguro de que Kik no trate de revolverse precisamente cuando piense que le creemos más alejado de la venganza. Sol le ha retado a que le busque en el rancho. ¿Y si se entera rápidamente de la suerte de su segundo y del reto y acude allí a esperarle antes de que llegue?

Rice palideció al oír la insinuación y comentó:

—Creo que tienes razón, Max. Deberíamos salir algunos detrás de ellos y quedarnos allí hasta que se organice el equipo. Has sembrado la intranquilidad en mí y ya no estoy seguro de que no suceda algo grave.

—En ese caso, váyase preparando, que yo cargaré unas cuantas provisiones en un saco y en seguida soy con usted. Vea quién nos quiere acompañar.

El juez, allí presente, se ofreció a figurar en la partida, y ocho hombres que había en el comedor hicieron el mismo ofrecimiento.

De los ocho, dos habían sido peones en el rancho, otro era el herrero, había dos granjeros, el dependiente del almacén de Jerry, y dos más, que se dedicaban a las faenas del campo.

Los once montaron a caballo y a todo galope se dirigieron al rancho, seguros de llegar a él todo lo más una hora más tarde que Sol, Ewen y su hija.

Cuando avanzaban por el valle, se sobresaltaron al descubrir sueltos cerca de la tapia los caballos de los tres audaces huéspedes del rancho, y el corazón les advirtió que algo raro sucedía, pues ni Sol ni Ewen eran hombres que se despreocupasen de sus monturas.

Agobiados por un extraño presentimiento, avanzaron al paso sin producir ruido, y como los caballos caminaban por una alfombra de hierba, sus pisadas quedaban amortiguadas totalmente.

Se hallaban cerca de la tapia, cuando sus oídos fueron heridos por un coro de risas brutales y roncas, y Rice, palideciendo, hizo señas a los demás para que se preparasen con las armas y obligó a avanzar su caballo hasta la tapia.

Como no alcanzara a distinguir lo que sucedía en el patio, se puso de pie sobre la silla y su corazón casi dejó de funcionar al descubrir el macabro cuadro que se estaba desarrollando en el patio.

Aterrado, se llevó las manos a la cabeza en un signo de desesperación que fue captado por sus intranquilos compañeros, e imperiosamente les ordenó acercarse, elevando un dedo a sus labios para imponerles silencio.

Todos arrimaron las monturas a la tapia y se pusieron en pie sobre las sillas, con los revólveres amartillados. Fue preciso un esfuerzo de voluntad terrible en ellos para contener el grito de angustia que les produjo ver a Sol pendiente de la cuerda, realizando trágicos esfuerzos para no dejarse escurrir y provocar por sí mismo su refinada muerte.

Durante un momento nadie acertó a tomar una resolución que pudiese salvar al condenado de la horca. Cualquier movimiento para saltar al interior provocaría la alarma en los forajidos y les daría tiempo a empujar al infeliz y ahorcarle definitivamente; esto si Sol, no perdía por sí el equilibrio y hacía imposible toda ayuda.

Fue Rice el que tuvo la inspiración salvadora. Era un tirador formidable y contando con un punto de apoyo como el bordillo de la cerca estaba casi seguro de no errar el tiro y poder segar aquella cuerda fatal.

Apoyó el codo en el tapial, afianzó la puntería, tratando de seguir los movimientos de Sol, y con la angustia más grande de su vida apretó el gatillo del arma.

El tiro limpio, seguro, dirigido más que con la mano con el corazón, cortó la cuerda, y Sol cayó al suelo inerte, mientras los forajidos, sorprendidos, vacilaban un momento sin acertar a darse cuenta de lo que sucedía.

Cuando reaccionaron ya era tarde. Diez hombres, presa de la más viva indignación, vomitando plomo por sus revólveres, les barrieron como si hubiese pasado por el patio un terrible ciclón, y los que no habían caído muertos de certeros disparos, se revolcaban en el suelo cambiando el agrio vibrar de sus risas por el ronco clamor de sus dolores.

Los once saltaron de los caballos al patio, y Rice, asumiendo la dirección del ataque, ordenó:

—Dos que se ocupen de ese hombre y corten sus ligaduras, guardándole en un cobertizo, por si acaso; los demás, adelante. Faltan el señor Ewen y su hija, y Dios sabe si aún estarán en el rancho o se los habrán llevado.

Iban a avanzar impetuosamente hacia la escalera cuando de las ventanas superiores brotaron varios disparos.

Uno de los peones lanzó un gemido angustioso y cayó a tierra, en tanto que el resto, tras un momento de vacilación, se lanzó hacia

el porche disparando a ciegas.

—¡Adelante antes que nos corten la subida!—gritó Rice—. Deben estar aún arriba. Les hemos sorprendido.

En tropel penetraron en el pasillo que se enfrentaba con la escalera y trataron de ganarle en el momento en que alguien, desde el descansillo, les recibía a tiros.

Retrocediendo, se refugiaron a los lados del pasamanos, y desde él disparaban hacia arriba, intentando eliminar aquel estorbo que les privaba de ganar el piso, en tanto que los defensores les buscaban rabiosos, tratando de eliminarles; pero a ciegas, pues ignoraban el número de atacantes.

Capítulo V

KIK PIERDE UNA OPORTUNIDAD



OL, cuando desvanecido y maniatado, desapareció del despacho de Ewen, en brazos de Bob y sus secuaces, entonces Kik se dirigió al resto de su cuadrilla —ocho hombres más—, que tenía tomadas todas las habitaciones del piso superior, y ordenó:

—Llevaros al señor Ewen a un lugar reposado y tranquilo, donde descanse de tantas emociones. Yo tengo necesidad de charlar un rato con su encantadora hija.

Tres bandidos arrastraron al ranchero que se debatía furiosamente no queriendo apartarse del lado de su hija, y cuando Kik se halló a solas con la joven, se quedó contemplándola con avidez.

Dorothy, serena y altiva, no queriendo dar al forajido sensación alguna de miedo, le miró con una luz de desprecio tan grande, que Kik, enfureciéndose, se revolvió, bramando:

—¿Qué es eso, palomita?... ¿Tan feo le parezco ahora que le causa repulsión contemplarme? Pues le advierto que hay muchas mujeres en el Oeste que se arrastrarían por tierra sólo por alcanzar lo que yo le he ofrecido a usted y lo ha despreciado tercamente.

Dorothy, despectiva, repuso:

—Si hay tanta mujer con ese gusto exquisito, ¿por qué no elige a alguna de ellas? La elegida le podría ofrecer un amor y una felicidad que yo no le daré nunca.

—Bien; pero a mí no me importa lo que quieran las demás, sino lo que yo quiero. He sido toda mi vida un hombre para quien la palabra «imposible» no existe, y no puedo resignarme a que ni por una sola vez salga a mi paso.

—Tendrá que hacerlo. Hay cosas que se logran con voluntad y tesón; hay otras que no se logran con nada, porque no dependen del deseo de uno, sino del de los demás.

—¡Tendrá que ser así! —rugió Kik—. Usted sabe que la quiero desde hace mucho tiempo. Ha sido la única mujer que ha logrado

interesarme en la vida y todo cuanto tenga que intentar en el mundo lo intentaré para hacerla mía.

—Es muy tarde, Kik. Los hechos no hay esponja que los borre, y su vida es una pizarra llena de crímenes, vejaciones, latrocinios y crueldades. La mujer que le pueda querer en el mundo sabiendo lo que es usted sólo puede ser una hiena de su condición.

—Muy bien, señorita Dorothy. Quizá yo no logre que usted me quiera como yo deseo, pero nadie me impedirá hacerme esa ilusión mientras la tenga en mi poder. El castillo de ilusiones que ustedes habían levantado para evadirse de mi poder ha caído deshecho. El último resto era ese infeliz pistolero que osó desafiarme a mí, creyéndose más fuerte que yo, y ya lo ve usted el fin que va a tener, si no lo ha tenido ya. Usted podrá negarse, a acceder a mis deseos, pero algún día los acogerá como mal menor. La retendré en mi poder hasta su muerte, y cuando se canse de sufrir el cautiverio que voy a imponerla, acaso podamos entendernos. Yo no tengo prisa, sabiéndola en mi poder, sin que nadie pueda interponerse en mi camino, sé esperar como espera el tigre a su presa. Un día sé que caerá entre mis garras y ese día me compensará de la terrible espera.

—¡Nunca!—rugió Dorothy roja como una artemisa—. ¡Primero me daré la muerte!

—En ese caso, si todo se acaba para mí, todo se acabará para usted; pero yo estoy seguro de que lo pensará mucho antes de hacerlo. Cuando se es joven, se ama la vida como lo mejor de la tierra. Yo la amo tanto que ni en los casos más desesperados me dejo vencer por la idea de la muerte. Usted hará lo mismo.

—¿Yo? Máteme ahora mismo, y me verá recibir una bala en el corazón sin cerrar los ojos y con la sonrisa en los labios.

—Así es como yo quiero que reciba mis besos, y no las balas de mi revólver. El día que se decida a ello, será la más feliz de las mujeres.

—Sería la más desgraciada, y antes que consentir esa ignominia, moriré.

—Bien. Ya lo veremos. Ahora, voy a llevármela conmigo a la sierra. Tengo allí un rincón difícil de localizar donde la retendré como la alhaja de más inestimable valor, y allí, a solas, rodeada de rocas, sin amigos ni con quien hablar más que conmigo, meditará mucho en su situación. Quizá un día el ansia de libertad pueda más que ese falso orgullo que le domina…

Sin hacer caso de las protestas y los denuestos de la joven, se asomó al pasillo y llamó a uno de sus hombres. Del patio llegaban

hasta él los ecos de las carcajadas de los forajidos, que reían ante las agónicas angustias de Sol.

—Bill—dijo al que acudió a la llamada—. ¿Qué sucede allá abajo?

—Nada, jefe. Es Bob y unos cuantos de nuestros hombres que se están divirtiendo a jugar a la piedra redonda con ese sapo de Sol King.

—Bien, haz que preparen los caballos; nos vamos. Al mismo tiempo, baja al patio y dile a Bob que si se cree que no tenemos que hacer más que...

La frase quedó cortada por el estampido de una detonación seguida de un alarido de muerte, e inmediatamente varios nuevos disparos de revólver mezclados con rugidos de agonía hicieron palidecer al bandido.

—¡Por el infierno! —rugió—. ¿Acaso han llegado refuerzos para ese miserable?... ¡Pronto, a mí, mis chacales!

Los forajidos, que andaban diseminados por la parte alta del rancho, tan sorprendidos como su jefe por las inesperadas detonaciones, acudieron al pasillo con los revólveres preparados, y Kik, rabioso, gritó:

—¡Pronto, al patio, deben haber llegado refuerzos! ¡Barred a toda esa carroña!

Los forajidos se lanzaron hacia la escalera en el momento en que Rice, Max y sus compañeros trataban de ganar ésta, y entre ambos se cruzaron los primeros disparos en la pugna por dominarse mutuamente.

Uno de los bandidos retrocedió advirtiendo a Kik:

—Ya es tarde, jefe. No sé cuántos habrá allá abajo, pero he visto bastantes a través del hueco de la escalera.

—¿Y Bob y los suyos, qué hacen?

—Han debido cazarlos por sorpresa. Son los amos de la salida.

Kik rompió en horribles maldiciones y miró a todos los lados como un tigre acorralado.

Falto del suficiente número de hombres para hacer frente a un ataque a fondo y encerrado entre las cuatro paredes del rancho sin escape posible y sin la sierra al lado para poder burlar a sus enemigos, su posición era realmente desesperada, y si sus atacantes habían dado cuenta de Bob y de los que le acompañaban, el momento resultaba aún más angustioso.

Con el revólver empuñado, gritó:

—Defender la escalera, cueste lo que cueste. Voy a ver si encuentro la forma de burlarlos.

Furioso, alcanzó la galería volada y echó un vistazo al patio. Lo que vio nubló sus ojos con un velo de sangre, pues, sobre las losas, yacían cara al cielo Bob, su segundo y seis de sus mejores hombres.

Kik se vio copado. Con solo ocho forajidos a sus órdenes poco podía hacer, y se imponía romper el cerco y salvarse de momento de aquella encerrona.

Más adelante, reorganizarla la cuadrilla, y con nuevos y abundantes elementos volvería en busca del desquite.

Abandonando su puesto de observación, echó un vistazo a la parte trasera del rancho y a los lados, buscando la forma de abandonar aquella ratonera con las ventajas posibles para ello.

La parte contraria no poseía cerca ni puerta de escape. La pared estaba casi pegada al farallón y solamente mediaba entre ambos un espacio de dos metros que los peones habían convertido en una pequeña huerta.

Pero cabía la posibilidad de deslizarse por las ventanas, alcanzar la huerta y huir mientras sus enemigos se hallasen entretenidos en atacar la escalera. Todo consistía en sacrificar un par de hombres, y esto a Kik no era cosa que le preocupase.

Volvió al pasillo y, en voz baja, dio una orden:

—Vosotros dos, Walter y Peter, defender la subida durante diez minutos. No os será difícil, porque gozáis de una posición más ventajosa. Mientras, nosotros vamos a preparar la huida, y cuando todo esté preparado, vendremos en vuestra busca.

Dejó a los dos forajidos más feroces de la banda encargados de contener a Rice y sus hombres, y penetrando en la estancia donde Dorothy, animada de angustiosa esperanza captaba el tiroteo, ordenó:

—Preparad unas cuerdas, tomad a la señorita y seguidme.

Los seis hombres libres que le quedaban obedecieron, y tomando un rollo de recia cuerda que encontraron en un rincón, siguieron a Kik hasta una de las habitaciones interiores cuyas ventanas daban a la huerta.

Kik obligó a dos de sus secuaces a deslizarse por lo largo de la cuerda que antes había atado al montante de la ventana y advirtió:

—Ahora os echaremos a la señorita para que os hagáis cargo de ella, mientras nosotros descendemos. ¿Están los caballos cerca de aquí?

—Si. Algunos han quedado ocultos entre un seto a la derecha del rancho.

—Bien, pues, preparados.

Entre Kik y dos de sus hombres pasaron la cuerda por debajo de

los brazos de Dorothy, y luego, sin ninguna contemplación, la sacaron fuera del vano de la ventana y sujetando la cuerda entre todos la fueron deslizando hacia abajo, hasta que llegó a manos de los dos bandidos.

Estos desataron la cuerda y, haciéndose cargo de la muchacha, esperaron el descenso de sus compañeros.

Kik quedó el último, y cuando se disponía a dejarse deslizar, sintió una horrible algarabía a su espalda y el fragor de pasos precipitados que se acercaban.

—¡Maldición! —rugió—. ¡Esos idiotas se han rendido antes de lo preciso! ¡Como no nos demos prisa de nada nos va a servir todo lo hecho!

Se deslizó furioso a lo largo de la cuerda, que quedó pendiente de la ventana, y uniéndose a sus compañeros, ordenó:

—Venga, cargad con ella y trotad, o todo se habrá perdido. Vienen pisándonos los talones.

Y, como gamos, corrieron por la huerta hasta alcanzar la salida para dirigirse al seto donde habían quedado ocultos los caballos...

* * *

Los dos peones que se habían hecho cargo de Sol le trasladaron a uno de los cobertizos, y como había sufrido un desvanecimiento ocasionado, sin duda alguna, por la trágica impresión que había recibido, uno de ellos marchó al pilón, llenó su sombrero de agua y volvió al cobertizo, dedicándose a aplicar compresas de agua fría en la frente de King, mientras hasta ellos llegaba el fragor de los disparos que se cruzaban en el estrecho pasillo que daba acceso a la escalera.

Sol, dotado de una resistencia increíble y de unos dotes de recuperación fantásticos, volvió poco a poco en sí, y galvanizado por el estruendo de los disparos, se agitó en tierra, mirando a todas partes, indeciso.

En sus ojos brillaba aún una luz extraña de extravío, y el infeliz, llevándose mecánicamente la mano a la garganta, musitó:

—Qué... qué sucede... Yo... la piedra...

Uno de los peones volvió a aplicarle una compresa de agua fría y dándole su cantimplora de coñac, exclamó:

—Vamos, Sol, ya pasó todo. Por fortuna, llegamos a tiempo...

Sol bebió un trago que le reanimó e hizo una pregunta simple:

—¿A tiempo de qué?

—De salvarle de morir ahorcado. Perdía usted el equilibrio y ya

se había puesto la cuerda tirante, cuando Rice, desde lo alto de la empalizada, disparó cortando la cuerda. ¡Ha sido el tiro más hermoso que he visto en mi vida!

Sol, como si despertase de un largo sueño, volvió a llevar la mano a su cuello y clamó:

—¡Oh!… ¿De verdad que ha sido así y que no…?

Como impulsado por un muelle, se levantó preguntando:

—¿Quién dispara?

—Son Rice, Max, el juez y algunos peones. Están acorralando n los secuaces de Kik allá arriba.

Sol acabó de recobrar el uso de sus facultades al oír al peón, todo lo sucedido hasta el momento de ser colgado de la rama acudió en aluvión a su mente y echando a correr hacia el patio gritó:

—¡Seguidme!… ¡Seguidme!…¡Tiene en su poder a la señorita Dorothy y a su padre!… ¡Kik está allá arriba!

Como una fiera, se lanzó por el porche hasta la escalera donde Rice y los suyos, emboscados, disparaban hacia lo alto de la escalera.

Pero ahora los disparos eran menos nutridos. Habían quedado solamente dos hombres conteniendo el ataque y daban la sensación de haber sido eliminados los restantes.

Sol penetró en el pasillo como una tromba, y Rice, al distinguirle, se arrojó sobre él, apartándole a un lado para evitar que se expusiese a recibir un disparo.

—¡No suba, Sol! —advirtió—. Tienen dominada la escalera.

«El Vengador» estrechó su mano en silencio y luego exclamó:

—Gracias, Rice; ya sé que le debo la vida… pero hay otra cosa más valiosa que está en peligro allá arriba y no podemos detenernos. ¡Adelante conmigo los valientes!

Se desprendió del brazo del *sheriff* y como un torbellino saltó sobre los escalones de cuatro en cuatro, disparando al azar.

Un rugido de dolor fue la primera respuesta, y un revólver dejó de tronar; el otro disparó, pero la bala pasó rozando a Sol, sin herirle.

Antes de que tuviera tiempo a disparar de nuevo, ya el impetuoso joven había ganado la parte alta y disparando a boca de jarro sobre el forajido le dejó colgando del descansillo, al tiempo que sus compañeros, electrizados por el ejemplo, ganaban con él el pasillo.

King corrió al despacho, que encontró vacío, y como loco, fue recorriendo habitaciones hasta descubrir a Ewen tumbado en tierra

en una de ellas.

Le arrancó la mordaza que le habían colocado y preguntó emocionado:

—¿Y su hija?... ¿Y Kik?

—¡Oh!, no sé—gimió angustiado el ranchero—. Me trajeron aquí y él se quedó con Dorothy en el comedor, yo...

Sol, sin esperar a oír más, abandonó la estancia, y volvió al comedor, encontrándolo vacío.

—¡Buscar! —rugió—. ¡Buscar por toda la hacienda! ¡Tienen que estar en algún sitio!

Los perseguidores se desparramaron por el rancho, registrándole con los revólveres en la mano hasta que alguien gritó:

—¡Aquí, Sol, aquí, que se escapan!

El joven corrió hacia el lugar de donde partía la voz y al asomarse a la ventana descubrió la cuerda colgada, y bordeando el seto una masa de caballos que emprendía la huida.

Sol lanzó una horrible maldición y se aferró a la cuerda para descender, pero comprendiendo que a pie nada podía intentar, empujó al peón que le cerraba el paso y, como un loco, volvió al pasillo para ganar la escalera y descender al patio.

—¡Seguid! —bramó—. ¡A caballo todo el mundo! ¡Hay que darles alcance antes de que ganen la sierra o no volveremos a ver más a la señorita Dorothy!

Todos, espoleados por sus palabras, se lanzaron en tropel escaleras abajo, y como demonios, ganaron la salida, requiriendo sus caballos que habían quedado fuera de la cerca.

Sol montó en «Stard», y exigiendo a la fiel montura todo el esfuerzo de que era capaz, se lanzó por delante de sus amigos en persecución de los fugitivos.

Sol, que había recuperado toda su energía, sentía arder en sus venas el fuego de la pelea. Sus enemigos no eran más que seis, aún podía contarlos a la indecisa luz del atardecer, y si los caballos de sus hombres respondían adecuadamente confiaba en darles caza antes de que lograsen alcanzar de nuevo la sierra.

Ganando terreno metro a metro, buscó entre el grupo a Kik, y una lividez mortal cubrió su rostro al descubrirle y darse cuenta del ingenio malévolo del bandido.

Este, contando con que sería perseguido y para evitar que le pudiesen colocar un tiro por la espalda, había hecho que montasen a su grupa a la joven cautiva, la cual le protegía con su persona.

Para que no pudiese escurrírsele del caballo o intentar algo perjudicial a pesar de ir amarrada, había hecho que pasasen una

cuerda por su espalda, y con los dos cabos de ella sujetos a sus manos, la mantenía pegada atrás, sin que pudiese evadirse de la presión.

Pero Sol estaba dispuesto a cazarle y realizaría cuantos esfuerzos fuesen precisos para ello.

Cuando su caballo, que iba en vanguardia, se encontró a tiro del de Kik, que también era un excelente corredor, levantó el revólver y disparó:

No podía herir al bandido porque se lo impedía Dorothy, pero sí podía herir al caballo, y si abatía a éste, Kik se hallaría a su merced.

El pobre bruto acusó el tiro, redoblando la velocidad por efecto del dolor, y antes de que pudiese escapársele Sol volvió a disparar, esta vez con más fortuna.

El animal, alcanzado en sitio sensible, lanzó un relincho de agonía y tras de dar unos cuantos pasos más cayó de cabeza arrojando por ella a los jinetes.

Kik se vio precisado a soltar la cuerda y su cuerpo salió rebotando por delante, mientras la muchacha caía casi junto al caballo, quedando como muerta.

Kik, atacado de la más horrible desesperación, empuñó el revólver, dispuesto a defender cara su vida, y miró a todos lados con angustia. El caballo de su enemigo avanzaba impetuoso y no tardando mucho se encontraría sobre él.

En aquel momento uno de sus secuaces, que había quedado un poco rezagado, trotó en línea recta hacia él y tendiéndole la mano, gritó:

—¡Pronto, jefe, suba!...

Kik vio la salvación en aquel caballo, y en lugar de tomar la mano que su secuaz le tendía, levantó el revólver y disparó sobre él, volándole la cabeza.

El forajido lanzó un rugido y cayó hacia atrás sobre la silla; pero Kik, tirando con violencia de él, le sacó de ella, y de un salto fantástico ganó la grupa y salió a todo galope, destrozando los flancos del animal al clavarle las espuelas en ellos, sin compasión, para obligarle a correr cuanto materialmente fuese posible.

El caballo lanzó un relincho y salió disparado, perseguido por los disparos de Sol, que esta vez no consiguieron alcanzarle.

Las sombras de la noche, ya casi encima, le protegían. La escasa luz no permitía fijar la puntería, y Kik, acompañado del pequeño grupo de hombres que había logrado evadir los tiros de sus perseguidores, empezaban a convertirse en vagas sombras en el paisaje.

Sol, preocupado con la aparatosa caída de la joven que había quedado en tierra como muerta, luchó entre el ansia de alcanzar a Kik o auxiliarla, y vaciló durante un momento: pero convencido de que Kik se le escurría esta vez de las manos, frenó bruscamente su caballo y, arrojándose de él, se inclinó tomando a Dorothy en brazos.

Al aplicar el oído a su corazón observó con infantil alegría que éste latía, aunque algo aceleradamente, y, entregándosela a Rice que se había detenido junto a él, dijo:

—Tome, haga el favor de entregármela cuando haya montado.

—Esto quiere decir que dejamos escapar otra vez a ese bandido —insinuó el *sheriff*.

—Dígame si es usted capaz de darle alcance. La noche cierra y el monte lo tiene usted ante sus ojos. Si quiere exponerse a ser cazado como un conejo, siga usted adelante.

—Tiene usted razón. ¡Es lástima, porque le hemos tenido casi cogido por el cuello!

—Así es, pero le tiene muy escurridizo. Lo lograremos, aunque me temo que ello ha de costar aún mucha sangre.

Capítulo VI

UN RODEO TRAGICO



OCHE cerrada era cuando regresaron al rancho, en el que Ewen, lleno de desesperación, no hacía más que explorar la llanura buscando ansiosamente en ella las siluetas de los perseguidores de Kik, ansiando y temiendo al mismo tiempo verles regresar.

Cuando por fin el grupo de jinetes se detuvo ante la cerca, una hondísima emoción se apoderó de él al observar que Sol llevaba a la grupa un bulto exánime, y cuando se acercó a él y descubrió que era su hija estuvo a punto de desmayarse de la alegría.

Exaltado, abrazaba a Sol, colmándole de los más encendidos elogios, y pasado este primer momento de sorpresa, se hizo cargo de la muchacha, transportándola a su dormitorio, donde procedió a reanimarla hasta hacerla volver en sí.

Sol, derrengado por la tremente jornada, apenas si podía tenerse en pie, y Rice le aconsejó que se acostase, haciéndose cargo él de la vigilancia del rancho por aquella noche.

Sol, a pesar de sus esfuerzos, tuvo que delegar en él la organización de la defensa del rancho, y se retiró a una de las habitaciones, donde momentos más tarde quedaba dormido.

Cuando al siguiente día se despertó ya el sol lucía con fuerza, y al bajar al patio, sufrió una alegre sorpresa. A última hora de la tarde se habían presentado más de dos docenas de muchachos fuertes y animosos, dispuestos a formar parte del nuevo equipo del rancho, y ya Ewen se estaba ocupando de tomar sus filiaciones y asignarles sus futuros puestos.

El ranchero, al ver a Sol, se adelantó a él, diciendo:

—Está usted desconocido, señor King. No se le nota en nada las huellas de los malos ratos sufridos recientemente.

—He dormido muy bien—afirmó él—y eso me ha sentado como un sedante. ¿Hay alguna novedad?

—Ninguna, salvo que éste es el equipo que se va a hacer cargo del ganado que voy a adquirir inmediatamente. ¿Tiene usted algo

que oponerle?

—Yo no. Eso usted, que es su patrón.

—Los conozco a todos y sé que son buenos chicos. Espero que en cuanto a coraje y decisión, tomen un poco de lo que a usted le sobra.

—¿Y su hija, cómo está?—preguntó Sol.

—Muy bien. Tengo encargo de rogarle que suba a verla cuando esté en condiciones. Espera su visita.

Mientras Ewen terminaba de organizar las cosas del rancho, Sol subió al piso superior, donde Dorothy que le esperaba hacía rato, había colocado la mesa para el desayuno en la galería junto a la ventana.

Un toldo listado mataba los ardientes rayos del sol y el aire que soplaba de la sierra hacía muy agradable la estancia en aquel lugar.

Dorothy, más bella que el día anterior, salió a su encuentro, y tomando sus manos con vehemencia las estrechó, diciendo:

—¡Oh, Sol! ¿Cómo podré pagarle todo lo que ha hecho por mí?

—Nada tiene usted que pagarme, señorita Ewen—dijo él—. Estoy más que pagado con la satisfacción de haber derrotado a ese coyote por dos veces consecutivas.

—Pero yo no saldaré jamás la deuda que tengo contraída con usted. No puede hacerse idea de las agonías que sufrí ayer cuando me di cuenta de la crueldad del suplicio a que le iban a someter.

Sol se estremeció, a pesar suyo, recordando los minutos interminables que había sufrido con la soga al cuello, y repuso:

—Yo también los sufrí como jamás he sufrido en mi vida, y también tengo una deuda insaldable con Rice. De no ser por su sangre fría y su pulso maravilloso no lo podría contar ahora.

—Se portó muy bien—afirmó la muchacha—, pero él no olvidaba todo lo que había hecho usted por el poblado.

Tiró de él suavemente y le obligó a sentarse ante la mesa, colocándose frente a él.

—Le esperaba para desayunar. Supongo que tendrá usted un hambre atroz.

—No es mala. Estas emociones abren el apetito de un modo formidable.

Ella le servía amorosamente, preocupándose más de él que de ella, y cuando le vio que languidecía comiendo, preguntó:

—¿Será indiscreción preguntarle cuáles son sus proyectos ahora?

—No, no lo es, pero... realmente no tengo ninguno.

—Entonces, ¿no sabe qué hacer ahora?

—Eso depende de lo que hagan los demás. Su padre y el *sheriff*

tienen la palabra.

—En cuanto a mi padre, puedo adelantarle lo que piensa hacer. Si usted se ausenta, nada, porque está seguro de que Kik reorganizará la partida y volverá más potente que antes a tomar represalias, que nadie en el pueblo será capaz de evitar. Si usted se queda hasta que la amenaza de Kik haya desaparecido, en ese caso comprará inmediatamente ganado y reanudará sus tareas en el rancho. Como verá, todo depende de usted, y respecto a Rice sé que piensa lo mismo que mi padre.

—¿Y usted, qué piensa?—preguntó Sol galantemente.

—Yo muchas cosas y ninguna. Como no quiero forzarle a que se quede si tiene usted otros proyectos, no puedo tomar una determinación.

—Bien, suponga usted que decido marcharme, ¿qué pasaría?

—Pues que le rogaría que me sacase de aquí, llevándome hacia el Este, donde el poder del «Tigre de Sierra Blanca» no llegue y allí me quedaría a vegetar con mi padre, al que obligaría a seguirme, quisiera o no.

—¿Y si fuera al contrario?

—En ese caso me quedaría clavada a este pedazo de tierra que me vio nacer y a la que quiero tanto como quise a mi madre y correría todos los peligros y todas las vicisitudes por defenderlo.

—¿Y si a pesar de mi presencia sucediese algo grave?... Confían ustedes demasiado en mí y cargan sobre mis hombros muchas responsabilidades.

—Yo estoy segura de que el único hombre capaz de vencer a Kik, definitivamente, es usted. Podrán suceder cosas graves durante la lucha, pero el final será sólo ése.

—Perfectamente—arguyó Sol—. Me hace usted tanto honor con poner en mí esa confianza que debo corresponder dignamente, y me quedaré. Yo también tengo que dejar concluida mi labor y lo haré. Kik podrá o no podrá abrigar planes de venganza; yo he jurado acabar con él y no me moveré de aquí hasta que lo consiga, aunque me tenga que declarar su huésped perpetuo.

—Usted sabe que le tendríamos a nuestro lado gustosos por toda la vida. Ahora, con su promesa, me siento renacer y creo que a todos les sucederá igual. Déjeme que vaya a darle la buena nueva a mi padre.

Dorothy le dejó dando fin al desayuno y como una corza desapareció de la galería. Sol se quedó contemplándola, y un suspiro muy hondo brotó de su pecho. Aquella muchacha alegre, animosa, viril y confiada le recordaba enormemente a aquella otra

que le esperaba llena de ansia y cariño en un rincón de Utah, y se dijo que, en nombre de ella, estaba obligado a defenderla y a ampararla para que sus sueños de juventud y de gloria se viesen colmados.

Más tarde se reunía con Rice y el ranchero, y se discutía el plan a seguir en el futuro.

Sol estaba convencido de que Kik no podría moverse con desahogo hasta que reorganizase su cuadrilla; pero no se fiaba mucho de que esto tardase en suceder, pues en El Paso había siempre indeseables a docenas, capaces de enrolarse con el primer desesperado que les ofreciese un regular botín y la satisfacción de emplear sus revólveres con eficacia.

Se acordó que Rice montase una severa vigilancia en los alrededores del pueblo para que pudiesen avisar con tiempo sobre cualquier movimiento sospechoso que descubriesen, y en el poblado habría siempre un núcleo de hombres dispuestos a empuñar las armas para repeler cualquier intento de sorpresa.

En cuanto al rancho, con veinte hombres escogidos en el equipo, se podía hacer mucho, y Sol, que no estaba dispuesto a pasarse el tiempo cruzado de brazos, asumió de momento el cargo de capataz: primeramente, para educar a los peones a su gusto y conocerles a fondo a la hora de tener que usar de ellos, y segundo, porque si un día no muy lejano se retiraba de aquella vida de aventuras su puesto en el rancho de su futuro suegro sería el de capataz, y quería estar bien entrenado para rendir todo el fruto que su tarea exigía.

Al día siguiente marchó, en unión de Ewen, a visitar a algunos rancheros de la demarcación, y de acuerdo con ellos adquirió varias puntas de ganado, que remarcaría, y le servirían para preparar el nuevo hatajo.

Durante más de un mes Sol pasó una vida intensa y agradable, dedicado a las faenas del rancho. El día lo pasaba en los pastos con los peones, a los que probaba en sus faenas del marcaje, enlazado de reses, etc., y por las noches, cuando regresaba, cansado pero fuerte y vigoroso, cenaba con Ewen y su hija, charlaba un rato ron ellos y se retiraba a sus habitaciones, donde dormía de una manera intensa y reparadora.

Todas las noches quedaba montada una guardia que, repartida estratégicamente por los alrededores, vigilaba para evitar cualquier golpe de mano, y King se preguntaba qué estaría fraguando su poderoso enemigo y cuáles serían las primeras señales de resurgimiento que diera.

No tardó mucho en empezar a tener noticias del «Tigre de Sierra

Blanca» y de su nueva banda. Para entrenarla, sin duda alguna, había empezado a dar golpes audaces por la región, y ya se había sabido de diversos robos de ganado y del asalto a un rancho, en el que se había librado una refriega sangrienta con grandes bajas en el equipo y lamentables destrozos en la hacienda.

Sol se previno presumiendo que todo aquello podía ser una añagaza para confiarle, o bien un ensayo sangriento para que sus huestes se fuesen aclimatando a la pelea que, en este caso, Kik no ignoraba que iba a ser dura.

Un atardecer, cuando Sol regresaba de los pastos, encontró a Ewen conversando con dos sujetos en el patio. Parecían dos *cowboys*, y a juzgar por su aspecto no debían hallarse en estado muy floreciente.

Ambos miraron a Sol con indiferencia, y Ewen, llamando al joven, le dijo:

—Escuche, Sol, oiga lo que dicen estos muchachos.

Sol les examinó atentamente y preguntó:

—¿De qué se trata?

Uno de los recién llegados tomó la palabra para decir:

—Nosotros éramos peones en el equipo del rancho «Cadena Rota», a unas doce millas de aquí. El rancho de nuestro patrón, que está aislado cerca de la sierra, ha sufrido por parte de ese bandido, «el Tigre de Sierra Blanca», tres ataques. En dos, consiguieron llevarse buena parte de ganado, y en el último, donde hubo una reyerta sangrienta, mató seis peones, hirió gravemente a cinco y prendió fuego a los pastos y a los galpones, asolando aquello. El señor Perris, que resultó herido en la lucha, ha abandonado el rancho y ha marchado a curarse a San Salmón, donde tiene un hermano, y los pocos que salimos vivos del jaleo nos hemos visto en la calle. Nosotros hemos oído decir que ustedes están en guerra declarada con ese cerdo de Kik y que están dispuestos a acabar con él, y hemos decidido venir a ofrecer nuestros servicios de peones a este rancho y a poner nuestros revólveres a su disposición. Nada nos importa ya lo que podamos ganar, sino el tener una ocasión de poder enfrentarnos nuevamente con esa cuadrilla de forajidos. Si ustedes estiman que podemos ser útiles, estamos dispuestos a someternos a cualquier prueba, por dura que sea.

Sol les examinó nuevamente. Se trataba de dos jóvenes, al parecer, duros y curtidos. Tenían las piernas muy arqueadas, señal de haber montado mucho a caballo, y no había en ellos nada saliente que les hiciese sospechosos.

Sol miró a Ewen, preguntando:

—¿Qué decide usted de la proposición?

—Por mi parte, no hay inconveniente en admitirles, pero usted lleva la voz cantante, no sólo del equipo sino de la defensa del rancho, y lo que usted haga está bien hecho.

—Bien, que se queden esta noche y mañana les probaré en los pastos; veremos lo que dan de sí como vaqueros.

A la mañana siguiente los llevó con el ganado donde les sometió a una prueba rigurosa. Ambos demostraron que conocían a fondo su oficio y los recelos de Sol quedaron disipados con la prueba.

Lo que faltaba de verano fue desapareciendo rápidamente.

Sol se desesperaba viendo correr el tiempo de manera infructuosa, y un ansia infinita de escapar de allí y correr de nuevo hacia Utah, donde le llevaba el corazón, se adueñaba de él, teniendo que realizar esfuerzos superiores para no desertar del compromiso que había adquirido.

A ratos sentía el impulso de adentrarse sierra adentro en busca de Kik para forzarle a una lucha definitiva, pero comprendía que era una temeridad intentarlo. Kik contaría ya con una banda nutrida y aguerrida, y todas las posibilidades de éxito estarían de su parte.

Esto le obligaba a refrenar sus impulsos, pero se preguntaba qué le sucedería al audaz «Tigre de Sierra Blanca» para permanecer tan alejado del pueblo y no intentar sacarse aquella espina doloroso que debería estarle lacerando el alma.

Cuando los primeros fríos asomaron y el amanecer dejó sobre el verdor ya amarillo de los campos una delgada patina de escarcha, Ewen consultó con Sol la conveniencia de remarcar el ganado, separarle y echarle a los pastos de invierno, algo alejados del rancho.

Sol comprendió que era una necesidad hacerlo así, aunque esto expondría al ganado a un mejor ataque de los abigeos; pero acaso fuese la ocasión propicia que tentase a Kik a dar el golpe definitivo.

Se acordó verificar el rodeo, y, aunque era costumbre invitar a los rancheros de las cercanías, Sol aconsejó a Ewen que, por aquella vez, se limitase a invitar a los de más confianza, toda vez que un aglomerado de peones extraños podría dar ocasión a que se filtrase algún elemento indeseable que provocase una catástrofe.

Kewen estimó prudente el consejo y únicamente invitó a los tres ganaderos que le habían vendido reses para rehacer su hatajo.

Dorothy estaba entusiasmada con la fiesta. Le gustaba mucho montar a caballo, correr tras el ganado, azuzarle para que los *cowboys* enlazasen los terneros, y esperaba con ansia los días del

rodeo.

Pero Sol echó un jarro de agua fría sobre ella al advertirla:

—Creo que debía usted abstenerse de figurar mucho en la fiesta, señorita Ewen.

—¿Por qué?—preguntó ella sorprendida.

Porque se presta a algún acto lamentable. Usted no ignora que hay que recorrer los montes en una extensión, que se junta mucha gente extraña y que bien pudiera suceder que se filtrase algún elemento de Kik, lo que no sería muy agradable.

Ella rio, contestando:

—¿Usted cree que él se va a conformar con mandar un simple forajido de su cuadrilla a mezclarse con los peones? ¿Qué podía intentar éste entre tanta gente adicta?

—No lo sé, pero... En fin, comprendo lo que le contrariaría quedarse en el rancho, que también puede estar expuesto a un ataque por sorpresa, y no debo prohibirla acudir al rodeo; pero si me ha de prometer no separarse de los dos hombres que voy a ponerle como escolta. Es una medida de seguridad que no debo evitar.

—Conforme. Le prometo no separarme de ellos.

Varios días más tarde el rancho presentaba una animación inusitada. Calesines, carretas y otras clases de vehículos iban llegando al rancho con los familiares de los rancheros invitados, y los equipos y los peones, parlanchines, pintureros, parecían, más que trabajadores, pequeños ejércitos dispuestos a entrar en descomunal pelea.

Todos lucían sus brillantes atuendos de días de fiesta, con sus chaparreras bordadas, sus brillantes espuelas y sus camisas y pañuelos de detonantes colores, prestando al rancho una alegría y una animación extraordinarias.

Dorothy se multiplicaba para atender a todos y su fina y amable sonrisa era como un talismán que atraía todas las simpatías.

Se había organizado para el final de la fiesta una opípara comida en el patio del rancho, y más tarde, un baile, en el que los peones lucirían sus habilidades de danzarines consumados, con las lindas jóvenes, hijas y sobrinas de los rancheros y hasta con las muchachas de la servidumbre que también habían acudido.

Cuando se dispusieron a dar comienzo al rodeo, Sol, inquieto, dejó media docena de hombres que le había prestado Rice, el *sheriff*, para que cuidasen la hacienda, aparte de que habían sido repartidos hasta las estribaciones de la sierra varios vigías que, en caso de alarma, acudirían a dar el aviso para reunir a los peones y repeler

cualquier intento de asalto.

Sol llamó a los dos peones en quienes tenía más confianza—los dos eran del poblado—y les advirtió:

—Vosotros os vais a preocupar exclusivamente de dar escolta a la señorita Dorothy sin abandonarla ni un momento, suceda lo que suceda. Se ha obstinado en acudir al rodeo y no quiero que en un momento de descuido se extravíe o quede sola y surja algo trágico.

Ambos peones prometieron cumplir lo ordenado no despegándose del caballo de Dorothy, y ésta, vestida graciosamente con una faldita corta, que dejaba al descubierto las piernas calzadas con las altas botas de montar, una chaquetilla ceñida, los grandes guantes amarillos de cabritilla, el pañuelo ceñido al cuello y el sombrero gris de anchas alas sujeto por el barboquejo a la garganta, presentaba una estampa digna del más pintoresco Oeste.

El rodeo dio comienzo separando los nuevos terneros para proceder a su marcaje. En un lado de los pastos se habían preparado los hornillos y los hierros, y dos peones duchos en la tarea, marcaban con extraordinaria rapidez al ganado.

Un olor a carne chamuscada flotaba en el ambiente y el doloroso balido de las reses formaba un concierto agobiador para el que no estuviese acostumbrado a él.

Más tarde se procedió a empujar el hatajo hacia los pastos altos de invierno. Las reses, numerosas e inquietas, se mostraban rebeldes al hacinamiento, y los peones, sudorosos, agotando la resistencia y la velocidad de sus monturas, tenían que perseguirlos empujándoles hacia la manada, aunque siempre había varios que se mostraban reacios a obedecer.

Dorothy, roja por la carrera de su veloz caballo, alternaba como un peón más en la faena, y alguna vez salía disparada en persecución de un novillo con el lazo en la mano, el cual manejaba con suma habilidad.

Sus dos guardianes se veían y se deseaban para mantenerse cerca de ella y, a veces, se les escapaba, viéndose obligados a gritarla para que aminorase el trote o realizando esfuerzos heroicos para alcanzarla.

Un novillo, inquieto y fogoso, se escapó del hatajo cruzando como un rayo cerca de ella. Dorothy revolvió su caballo y esgrimiendo el lazo se lanzó en pos de la res, que, joven y veloz, había emprendido una carrera endemoniada.

Dorothy no se resignó a quedar mal no alcanzándole y, a galope tendido, salió tras el novillo que se había internado por una trocha, separándose del resto de las reses.

Los dos peones aceleraron la marcha de sus caballos y galoparon tras ella, aunque perdiendo terreno; y Dorothy, sin hacer caso a sus llamadas, se alejó trocha adelante, persiguiendo al novillo.

Este, ciego por la persecución, buscaba lugares propicios para escapar al lazo, hasta que se filtró por entre unos setos espinosos que obligaron a la muchacha a detenerse, pues meter el caballo por allí era exponerle a que quedase desollado.

Muy compungida, se detuvo esperando a sus guardianes. Ahora se daba cuenta de que se había separado demasiado de ellos y sentía cierto pánico al encontrarse sola y lejos del núcleo de los que tomaban parte en el rodeo.

Por fortuna, los peones aparecieron por los vericuetos con sus caballos sudorosos y espumeantes, y uno de ellos advirtió:

—Señorita Ewen, tenga usted en cuenta que nuestros caballos no son de acero como el suyo. Nos está usted exponiendo a que Sol se incomode con nosotros o con usted por no obedecer estrictamente sus órdenes.

—¡Es verdad, me he entusiasmado demasiado y... no volverá a ocurrir!

Luego, señalando el lugar por donde se había internado el novillo, se lamentó:

—¡Qué pena!... Valía un puñado de dólares.

—Ya aparecerá, o le acuciaremos. Ahora debemos volver con los demás.

Iban a intentarlo cuando dos jinetes, a todo galope, se acercaron a ellos. Los dos peones se pusieron en guardia, pero al reconocer en los jinetes a los dos vaqueros últimamente admitidos, se tranquilizaron.

—¿Qué sucede?—preguntó uno de los guardianes de Dorothy.

—El señor Sol se ha dado cuenta de lo mucho que os alejabais de la señorita y se ha enfadado mucho. Dice que tenéis dos caballos que son dos sacos de harina. Nos ha enviado para que nos hagamos cargo de la custodia de la señorita y os ordena incorporaros al equipo.

Los dos peones enrojecieron al oír la orden, molesta para ellos, y Dorothy, pesarosa por ser la causante del regaño, dijo:

—No han tenido ellos la culpa, sino yo... Cualquier caballo, incluso los de ustedes, los dejaría muy atrás si me lo propusiese.

—Bien, no lo discutimos y procuraremos que no lo consiga usted; pero esa es la orden y...

Uno de los peones se dispuso a obedecer, pero el otro, reaccionando, advirtió:

—Bien; cumpliremos la orden; pero entregándole a él mismo a la señorita. Nos ordenó no separarnos de ella de ninguna manera y cuando la dejemos a su lado nos incorporaremos al equipo.

Uno de los peones que portaban la orden de Sol, dijo:

—Tú cumplirás lo que el capataz ha ordenado. No eres quién para variar sus órdenes.

—No; pero eso es él quien puede decírmelo y no tú. Vamos, James, llevemos a la señorita, y luego, si quieren, que nos despidan del equipo.

Su contrario se envaró al oírle; pero luego, encogiéndose de hombros, repuso:

—¡Allá tú con las consecuencias! Nosotros hemos cumplido con ordenaros que os vayáis...

Los dos peones se pusieron al lado de Dorothy, que se sentía muy molesta por la escena, y emprendieron la marcha, dejando rezagados a los recién llegados; pero éstos avivaron el trote para alcanzarles y cuando se hallaban a tres metros de ellos vibraron repentinamente dos detonaciones, y los dos *cowboys*, heridos por la espalda, cayeron a tierra saltando de la silla.

Dorothy se dio cuenta rapidísima de que aquellos dos individuos eran dos indeseables que pretendían deshacerse de sus guardianes para apoderarse de ella y, clavando las espuelas en los flancos de su montura, decidió escapar a uña de caballo.

Pero no tuvo tiempo más que a iniciarlo. Un lazo diestramente volteado la aprisionó por la cintura, arrancándola de la silla, y la arrojó a tierra con violencia.



Capítulo VII

UN FINAL INESPERADO



L ardor del rodeo, Sol se había separado de Dorothy siguiendo a los peones, que, abiertos en abanico, acorralaban al ganado para empujarlo hacia los pastos de invierno.

Había que obligarles a cruzar un estrecho paso entre dos peñascales, y el ganado se desparramaba por los lados buscando de nuevo la querencia del lugar donde había pasado todo el verano.

Sol, seguido de Ewen, que era un excelente caballista, daba órdenes para una mejor y más rápida organización de la recogida, y los *cowboys* iban y venían de un lugar para otro cumpliendo sus instrucciones.

Una de las veces necesitó dos peones que se deslizasen por una rampa para recoger media docena de cabezas que habían bajado por allí hasta un charco de aguas estancadas y buscó con la mirada a los dos peones últimamente admitidos, sin encontrarlos.

De momento, no le extrañó su ausencia, pues era difícil fijar posiciones determinadas a nadie; pero pasado un rato volvió a notar su falta. No les había visto cruzar por ningún lado desde hada mucho rato y el hecho le extrañó.

—¿Dónde están John y Robert?—preguntó a un peón.

—No sé... Hace un rato les vi galopar hacia aquellos desmontes.

Sol enmudeció. Quizá anduviesen acosando algunas reses deslizadas por aquellos vericuetos, y por ello no les veía.

Continuó preocupándose de empujar el ganado por la fisura, cuando de pronto se envaró. A sus oídos habían llegado los ecos claros, aunque apagados, de dos detonaciones simultáneas.

Tendió la vista en derredor sin descubrir nada, y galopando hasta Ewen, preguntó:

—¿Ha oído usted algo?

—Sí, hacia aquella parte han sonado disparos.

Sol, acuciado por un extraño temor, insistió en sus preguntas:

—¿Y su hija?

—Pues… no sé… Hace un rato la vi galopar hacia allí, detrás de un novillo. Iban tras ella sus vigilantes.

Sol, no conforme con todo aquello, dio la vuelta y dirigió su caballo hacia el lugar de donde procedía el ruido de los disparos. Hasta que no viese a Dorothy no se encontraría tranquilo.

De súbito, su inquietud se vio aumentada al distinguir un caballo que avanzaba hacia aquel lugar sin jinete alguno, y cuando el alocado animal cruzó ante él, reconoció que era la montura de uno de los peones que guardaban a la joven.

Rabioso, sacó el revólver y disparó al aire para llamar la atención de su gente y recabar ayuda.

Varios peones, alarmados al oír el disparo, acudieron presurosos, y Sol, lanzando su caballo al galope, gritó:

—¡Seguidme, ha desaparecido la señorita Dorothy! ¡Algo ha sucedido detrás de aquellos farallones!

A todo galope alcanzaron la barranca por donde Dorothy se había internado tras el novillo. Las huellas aparecían claras, y Sol se internó por el áspero paso, siguiéndolas afanoso.

Al ganar una revuelta, palideció: acababa de descubrir un caballo abandonado y dos cuerpos caídos en tierra. Corrió hacia ellos, reconociendo a los dos peones que, mal heridos, se revolcaban en tierra pretendiendo abandonar aquel lugar.

Al inclinarse sobre uno de ellos, el herido murmuró:

—¡Corra, Sol, se la han llevado!… Fueron ellos… los traidores… John y Robert… Pretendían que les dejásemos cuidar de la señorita alegando que usted nos llamaba… no quisimos dejarla con ellos y… dispararon por sorpresa… La han echado un lazo y desaparecieron por allí.

Sol reconoció someramente a los dos peones. Estaban gravemente heridos, pero podían curar si eran atendidos debidamente; y dando orden de que se hiciesen cargo de ellos, se lanzó en la dirección indicada por el herido, seguido de una docena de *cowboys*.

El lugar elegido por los forajidos para dar el golpe, resultaba ideal para ellos: áspero, tortuoso, discurriendo en trochas y secas torrenteras que se abrían por todas partes, no se prestaba a seguir con rapidez una pista posible, y Sol se veía obligado a esforzarse para escoger y, a veces, casi adivinar el lugar por donde huían.

Una rabia le dominaba a medida que iba avanzando. Comprendía que aquello no había sido un suceso casual, sino algo muy estudiado y bien llevado a la práctica. Aquellos dos peones que

habían permanecido dos meses en el rancho comportándose dignamente y ganándose su confianza, tenían instrucciones concretas sobre lo que debían hacer y las habían cumplido al pie de la letra.

Dentro de la hacienda era muy difícil dar un golpe así. Dorothy no salía del rancho más que con Sol y su padre para dar una vuelta a caballo por los alrededores, y solamente podía aprovecharse aquel momento del rodeo para probar suerte e intentar su rapto.

Kik no debía andar muy lejos. Puesto en antecedentes de lo que podía suceder, tendría todo preparado para finalizar dignamente su hazaña, y Sol no confiaba en alcanzar a los peones antes de que éstos se pusiesen a salvo, entregando a la muchacha a su más despiadado enemigo.

Siguiendo las huellas, llegó a un lugar donde éstas se unían a otras recientes. Podían contarse más de una docena de huellas de caballo, y éstas le decían que allí era donde «el Tigre de Sierra Blanca» se había unido a los raptores para hacerse cargo de su presa.

Estudió la pista y lanzó una terrible maldición. El grupo se había dividido en tres y cada uno había escogido un camino diferente para huir. Esto obligaba a Sol a dividir también sus fuerzas para perseguir a los tres grupos, por si alguno tenía la suerte de seguir la verdadera pista y dar alcance a los fugitivos.

Se quedó con tres hombres y eligió el camino central, mientras el resto se perdía a derecha e izquierda por una barrancas. Kik sabía lo que se hacía y trataba, no sólo de despistarle, sino de fraccionar sus hombres para batirle más eficazmente en el caso de tener que enfrentarse con él.

Tras mil rodeos, fue dejando a su espalda el laberinto de quebradas, hasta ganar el lado contrario de las depresiones; pero cuando llegó al llano sus últimas ilusiones se habían desvanecido.

A su derecha, a menos de milla y media, se alzaba la sierra intrincada y misteriosa, y en toda la llanura no se divisaba huella alguna de jinete cabalgando.



Yo le clavé otro tiro...

Desesperado, dio un rodeo para volver a los pastos, y media hora más tarde veía asomar por una trocha los cuatro jinetes que se habían introducido por el lado derecho, siguiendo una de las pistas. Nada habían descubierto y todo indicaba que los forajidos, bien organizados, habían tenido tiempo de ganar la sierra, dejándoles burlados.

Cuando regresó a los pastos, lívido y rabioso, ya era de dominio público lo sucedido y la más callada consternación reinaba entre los invitados.

Ewen casi había sufrido un síncope al tener noticias de lo sucedido, y esperaba a Sol con la nimia esperanza de que éste hubiese llegado a tiempo de rescatar a Dorothy; pero cuando le vio llegar solo, acompañado de los peones, una desesperación inenarrable se apoderó de él y rompió a llorar como un chiquillo.

Sol trató de consolarle, dándole seguridades de que se organizaría una batida a fondo para explorar la sierra y arrebatarle su presa; pero el ranchero, desalentado, no quiso escuchar tan halagüeñas palabras. Su hija se había perdido esta vez para siempre y Kik saciaría en ella todo el odio que tenía almacenado en el alma.

El rodeo había dado fin. Las reses habían sido empujadas hacia los pastos; pero todos los festejos organizados con dicho motivo se suprimirían, y los invitados, con el triste sabor de boca de lo ocurrido, regresarían a sus ranchos lamentando el suceso y sus consecuencias. Se disponían a iniciar el desfile hacia el rancho cuando en la lejanía vibraron secas y compactas una serie de detonaciones que pusieron a todos en pie de guerra.

Creyendo que se veían atacados por la poderosa partida de Kik, se dispusieron a enfrentarse con él, y cada cual requirió sus caballos y empuñó sus revólveres dispuestos a la lucha.

Un grupo de jinetes—media docena únicamente—se boceto en la lejanía, descendiendo por una duna. Avanzaban a todo galope, disparando sus armas con furia, y tanto Sol, como cuantos le rodeaban, se preguntaban quiénes serían aquellos locos que se atrevían a venir a desafiar a un conglomerado de más de sesenta hombres decididos y valientes.

El astro rey, ya en declive, recortaba en tonos rojos las siluetas de los caballos que avanzaban entre nubes de polvo, y Sol, impetuoso, adelantó su caballo, siendo seguido inmediatamente por un buen puñado de jinetes.

Pero cuando avanzaba dispuesto a abrir fuego, levantó el arma y gritó:

—¡Cuidado, no disparen, son nuestros hombres!

Había reconocido en los jinetes a los peones que faltaban por regresar del infructuoso ojeo.

Sol, que poseía una vista excelente, la reconcentró en el grupo, y de súbito lanzó una exclamación de alegría y agitando los brazos como loco, corrió al encuentro del grupo.

Acababa de reconocer el caballo de Dorothy y a ésta en medio del grupo de los seis peones, que la escoltaban.

Dorothy, rompiendo el cerco, avanzó emocionada, gritando:

—¡Sol, Sol, no ha sucedido nada... ya estoy aquí! ¿Y mi padre?

«El Vengador» se acercó al caballo de la muchacha, clavando los ojos en ella. Aparecía toda magullada, con arañazos en el rostro y las manos, y las ropas manchadas de barro y medio, destrozadas; pero la alegría que se reflejaba en su semblante empequeñecían aquellos detalles que decían de la odisea sufrida por ella.

El joven señaló detrás de él, diciendo:

—Su padre está allá abajo... Corra a calmar un poco su desesperación.

Dorothy obligó a su caballo a galopar bravamente, y Sol se acercó a los peones que regresaban rebosantes de orgullosa satisfacción, preguntando con anhelo:

—¿Qué ha sido eso, muchachos? ¿Cómo conseguisteis dar con ella y rescatarla?

El que parecía más engallado, se adelantó, diciendo:

—¡Ha sido una cosa magnífica, Sol!, y es lástima que se la haya usted perdido. Nos hemos cargado cuatro sapos de la cuadrilla de Kik a cambio de algunos raspazos que lucen con orgullo los muchachos.

En efecto, uno llevaba vendada la cabeza por debajo del sombrero y otro tenía un brazo vendado; pero los seis se mostraban orgullosos, como colegiales que han alcanzado un buen premio.

El peón que capitaneaba el grupo añadió:

—Nos tocó el mejor lote, Sol. El azar hizo que fuésemos nosotros los que siguiéramos el verdadero rastro y ¡por el infierno que lo seguimos con ahínco! Esos demonios, que conocen la región como si la hubiesen fabricado ellos, habían elegido el camino más áspero y difícil que se puede seguir. Los caballos se resistían a avanzar por aquellos vericuetos llenos de setos espinosos y de baches, donde estaban expuestos a quebrarse las patas, y nos vimos negros para obligarles a avanzar. Por fin alcanzamos unos altos de esquisto donde las huellas se perdían. Estábamos desorientados y no acertábamos a escoger una trocha posiblemente segura, cuando yo, que poseo buena vista, descubrí por debajo de nosotros algo que se deslizaba por una grieta de los peñascales, y dejando a mis compañeros donde estaban, me deslicé como un lagarto hasta situarme cerca del lugar donde había descubierto aquel extraño bulto. Situado delante de un tupidísimo zarzal, que parecía pegado a las rocas, tuve la suerte de captar algunas palabras y comprendí que detrás de él se ocultaba alguien. Un indiscreto forajido—precisamente uno de los peones que nos han hecho traición—decía:

—«Pasaremos la noche ocultos en este agujero, imposible de descubrir, y les dejaremos que registren los farallones hasta que

pierdan el aliento. Nuestros compañeros se habrán encargado de despistarles y cuando abandonen la caza, seguros de haber fracasado, emprenderemos el camino de la sierra».

Otro, a quien no conocí por la voz, dijo:

—«¿Vendrá Kik?»

—«No. Ya sabes que no sabe si el golpe lo podríamos dar o no, y por eso lo dejó en nuestras manos.

»Kik está muy ocupado en preparar otra cosa que les va a escocer, y no vendrá; pero yo tengo todas sus instrucciones y no es necesaria su presencia. Esta noche le entregaremos la muchacha y nos dará los cien dólares prometidos».

Ya no volvieron a hablar más, y yo, agazapado detrás de los zarzales, escuchaba con el aliento comprimido. Pasó un buen rato y, temiendo que mis compañeros cometiesen alguna imprudencia que nos denunciase, regresé tan en silencio como había llegado y les di cuenta de mi descubrimiento. Todos querían lanzarse al ataque, pero yo no les dejé. Temía que matasen a la joven si se veían en peligro y necesitábamos obrar con mucho tacto. Dejamos los caballos donde estaban y nos deslizamos con cautela hasta alcanzar el zarzal. Ya allí, hice que todos estuviesen preparados para intervenir, y arrastrándome suavemente por las zarzas conseguí introducirme por ellas hasta descubrir lo que había al otro lado. Un enorme socavón servía de refugio a los forajidos, y en él descubrí a cuatro, entre ellos a uno de los peones que nos han hecho traición. Estaban sentados en torno a una piedra preparando una baraja, y a un lado descubrí a la señorita fuertemente amarrada con un lazo y con una mordaza en la boca. Permanecí mucho rato en aquella postura hasta que, empezada la partida, se distrajeron profundamente y apenas se dieron cuenta del lugar donde estaban. Se habían sentado sobre unos pedruscos y la postura no les permitiría usar de las armas con mucha prontitud, por lo que decidí que mis compañeros me imitasen, arrastrándose por el zarzal para sorprenderles a tiros. Los seis nos arrastramos de nuevo, separándonos un poco para rodearlos y yo quedé en dar la señal disparando sobre el peón que nos había hecho traición. Como no veía a mis compañeros, esperé un poco para darles lugar a situarse con ventaja y cuando consideré llegado el momento apunté sobre aquel cerdo y le clavé una bala en la cabeza, haciéndole caer de bruces sobre los naipes. Inmediatamente sonaron algunos disparos y otros dos cayeron; pero alguno de mis compañeros se había retrasado y el que había quedado aún en pie tuvo tiempo de sacar el revólver y disparar a través del zarzal, hiriendo levemente a dos de

los nuestros. Yo le clavé otro tiro en el pecho, y cuando le vi caer sin vida salí de entre las zarzas más picado que si hubiese caído en un pantano lleno de mosquitos, y me arrojé hacia la señorita, cortando sus ligaduras y arrancándole la mordaza. Por fortuna no había sufrido heridas graves. Solamente cuando la arrastraron del caballo con el lazo rozó la tierra y se clavó algunos guijarros en el rostro y los brazos, destrozando parte de sus ropas, pero, aparte esto, estaba perfectamente. La señorita nos abrazó emocionada y nos indicó el lugar donde estaban escondidos los caballos. Aquello es una horrible trampa llena de agujeros que, para poder explorarlo a fondo, harían falta varios meses. Tomamos el caballo de la señorita, dejando en libertad a los de los forajidos, y a todo galope nos encaminamos aquí. Sabíamos la angustia que sufrirían creyéndola perdida y, por otra parte, temíamos que los bandidos que se habían separado del resto de la cuadrilla para despistarles y correr a dar cuenta a Kik del rapto regresasen y pudiesen coparnos. Esta es la historia. Estamos muy contentos de la suerte que hemos tenido, salvando a la señorita Ewen, y estamos que no cabemos de gozo al sospechar el ataque de rabia que va a sufrir Kik cuando se entere de la jugada.

Sol abrazó sinceramente a los peones por su hazaña y regresó al lado de Dorothy, que, en brazos de su padre, reía y lloraba de alegría.

La joven hizo señas a los peones para que se acercaran, y éstos, avergonzados de verse en un primer plano de expectación, lo hicieron cortados.

—Papá, éstos son los héroes a quienes debemos ésta dicha. Ténselo en cuenta para el futuro.

El ranchero les estrechó a todos la mano, y dijo;

—Creo que Kik había ofrecido cien dólares a sus hombres por entregarles n mi hija. Yo tengo doscientos para cada uno de vosotros por habérmela devuelto. Cuando regresemos al rancho os los entregaré.

La alegría había vuelto a renacer entre los invitados. Todos se mostraban gozosos por el fracaso del célebre forajido y dispuestos a celebrarlo con los máximos honores.

Dorothy, que no podía contener la emoción que le embargaba, gritó:

—Señores, volvamos al rancho. Mi padre tiene organizada una bonita fiesta para celebrar el éxito, del rodeo. En vez de esto, celebraremos mi vuelta al hogar.

La caravana se puso en marcha camino del rancho, comentando

los acontecimientos, y Sol, que caminaba junto a Dorothy, afirmó:

—Como habrá visto usted, los héroes en el mundo son circunstanciales: un simple peón ha tenido más éxito que yo esta vez.

—¿Le duele?—preguntó ella con malicia.

—No, por cierto—se apresuró a decir—, al contrario. Me alegro que haya sucedido así, porque de esta manera, el día que yo falte esos muchachos serán tan útiles como yo. Ese éxito anónimo les envalentonará y les estimulará para el futuro. Su equipo será un equipo tan eficiente como el primero.

—Se han portado muy bien; pero repito que usted es el espíritu que les mueve y anima. Han visto tantas cosas en usted que se ha despertado su estímulo y todos aspiran a emular a Sol King, «el Vengador».

—¡Y ojalá que lo consigan! —afirmó Sol—, porque cuantos más vengadores haya en el Oeste, menos campo de acción tendrán para sus latrocinios los tigres de las montañas, aunque se llamen Kik Seldon.

Habían llegado al rancho y todos en tropel penetraron en el patio donde todo estaba preparado para la fiesta.

Capítulo VIII

EL FINAL DE UN FORAJIDO



ARGO y profundo era el patio del rancho y había sido preparado concienzudamente para albergar el gran número de comensales que debían honrar la fiesta, y de árbol a árbol y por medio de soportes cubiertos con hojarasca, se había tendido una iluminación de farolillos de petróleo que prestaban una gran claridad a las mesas. Estas, cubiertas de limpios manteles, fueron servidas por varias asistencias contratadas ex profesamente para la fiesta, y el humeante estofado de porotos con jamón y salsa picante, los tiernos filetes de ternera con patatas asadas, las lonchas de jamón fritas, las frutas variadas y el pastel de manzana fueron devorados con enorme apetito por aquellos hombres rudos y recios, que habían trabajado intensamente durante la larga jornada del rodeo.

Dorothy, galante y exquisita, había hecho sentarse a su lado a Sol y al peón que tan activamente había intervenido en su rescate; y el pobre vaquero, al saberse objeto de las maliciosas miradas de sus compañeros, estaba más corrido que una mona y no acertaba a llevarse el tenedor a la boca.

Ahora maldecía la hora en que se le ocurrió aspirar a ser héroe. No le cabían en la cabeza aquellos homenajes y de buena gana hubiese montado a caballo para largarse del rancho, escondiéndose donde no se supiese objeto de la curiosidad pública.

Cuando concluyó la cena, el ranchero se levantó con la copa en la mano para dar gracias a todos por su presencia y adhesión y reiterar su ofrecimiento hecho a los peones que habían intervenido en el rescate de su hija.

Ceremoniosamente, les hizo agruparse frente a él, y uno a uno les fue entregando un cheque por la cantidad ofrecida, terminando la ceremonia con un aplauso cerrado para los leales vaqueros.

Alguien pidió que Sol pronunciase unas palabras. El joven no se sentía orador; pero, accediendo al ruego, tomó su copa y dijo sencillamente.

—No me gusta hablar, y menos ofrecer; me gusta callar y procurar hacer las cosas mejor o peor, según mi suerte. En este caso, las haré diciéndolo: desde este momento cedo el cargo de capataz de este rancho a Helding Hoxie, por entender que se lo ha ganado jugándose la vida en defensa de los intereses de sus patrones. Estoy seguro de que de aquí en adelante sabrá excederse en el desempeño del cargo y esto me dejará a mí en libertad de ir en busca de Kik y terminar con él y con su partida. ¡Muchachos!—exclamo dirigiéndose a los peones—, espero que este nombramiento sea de vuestro agrado y que le secundaréis en lo sucesivo con la misma lealtad y valor que me habéis secundado a mí.

Los peones se levantaron vitoreando a Sol y a Hoxie, y éste, más encarnado que una artemisa, se encaró con Sol, gimiendo:

—¿Por qué no se ha reservado usted eso para cuando estuviésemos solos? ¡Me está usted sacando los colores a la cara y todos me van a tomar por una damisela! ¡Maldita sea mi figura! Si no fuera porque maneja usted el revólver mejor que yo, ahora mismo le desafiaba a desenfundarlo para cobrarme esta mala faena que me ha hecho.

Todos rieron a carcajadas, y aún más cuando Dorothy, llena de mala intención, se dirigió a él diciendo:

—Bueno, Hoxie, como yo no sé manejar las armas como usted, tampoco me atrevo a desafiarle por lo que ha dicho; pero como quiero vengarme de usted, prepárese, que va a ser mi pareja para el primer baile.

Hoxie sufrió casi un desvanecimiento de angustia al oír a Dorothy. Sólo le faltaba aquello para convertirse en el blanco de todas las miradas y, balbuciente, exclamó:

—¿Por qué no me pide usted que me siente en los cuernos de un novillo para completar la faena? Pero ¡si yo bailo peor que un oso atado con una cuerda!

—Pues, aprenda. Un capataz de su categoría tiene que saber manejar la cabeza, el revólver y los pies. Bailará usted, y como me pise una sola vez haré que sus compañeros le arrojen al pilón de cabeza.

Todos corearon la propuesta y se propusieron seguir la broma adelante. Si Hoxie se mostraba tan torpe que tenía la indelicadeza de pisar a la joven le zambullirían en el pilón sin ningún género de contemplaciones.

Las mesas fueron retiradas, y una orquesta, compuesta de *cowboys* aficionados, se dispuso a actuar. Era algo especial, capaz de herir el tímpano de los menos impresionables en materia de

desafinación, pero harían ruido, marcarían el compás y con eso bastaba.

Una vihuela, dos guitarras, un violín, un clarinete y un bajo componían el infernal instrumento de tortura; pero todos encontraron aquello una orquesta ideal y se dispusieron a pasar una feliz velada.

Dorothy tomó de la mano a su nuevo capataz y le empujó al centro del patio, enlazándose a él. Hoxie, colorado hasta reventar, miró con fiereza a sus compañeros, que habían formado un corro para seguir con avidez los movimientos de sus pies, calzados con las enormes botas de montar y rematados por unas relucientes espuelas que eran dos sables, y advirtió:

—¡Al primero que me distraiga, le clavo a la tapia a tiros! Yo no sabré bailar, pero sé disparar mejor que vosotros, ¡hatajo de gandules!

—Bueno—objetó uno zumbón—, pero procura recortarte un poco esos pies de elefante que tienes, porque como la pises, te bañamos...

Hoxie sufrió las penas del purgatorio durante el baile. Asustado de recibir un baño de impresión a aquellas alturas, iniciaba los más grotescos movimientos para separar los pies de los de su pareja, y a cada postura exótica que adoptaba, el coro de carcajadas iba en aumento.

Pero terminó el vals y Hoxie pudo respirar como si en realidad le hubiesen sacado del pilón en aquel momento. Sudaba como un condenado y no veía más que pies en derredor suyo.

Los peones le rodearon en medio de una gran algarada, protestando:

—Eso no vale, Hoxie; has hecho trampa. Así no bailan más que los avestruces.

—Bueno; pero nadie me ha exigido bailar mejor. Sólo se me exigió no pisar, y no he pisado...

Y pavoneándose como un pavo real se dirigió a un rincón del patio, donde se sentó para serenarse.

Dorothy, después de aquel homenaje obligado a su salvador, se dirigió a Sol, que permanecía apoyado en un árbol contemplando a los danzarines, y le invitó:

—¿No baila usted, Sol?

—No me creo capacitado, señorita Ewen. Creo que lo hago peor que Hoxie.

—No importa, le perdonaré a usted el baño en el pilón.

Sol estimó que no podía realizar la grosería de negarse y la

enlazó por el talle, mezclándose con las parejas.

Sol bailaba bien y Dorothy lo comprobó en cuanto dieron la primera vuelta.

Pero preocupada por algo de lo que él había dicho en la mesa, preguntó:

—¿De verdad que está usted dispuesto a abandonar el rancho y marchar en busca de Kik?

—¿Qué otra cosa se puede hacer, señorita Dorothy?

—No me llame señorita, llámeme Dorothy a secas. No sé si se podrá hacer otra cosa, pero considero una temeridad ir a buscar a la fiera en su cubil.

—¿Vamos a esperar de brazos cruzados a que intente golpe sobre golpe? Ya le han salido mal dos o tres, pero un día acierta y entonces...

La joven se estremeció al oír la profecía y, bajando los ojos, murmuró:

—Tiene usted razón, pero es que me remuerde la conciencia que nadie, y menos usted, exponga su vida tan brutal y generosamente por mí.

El, queriendo quitar importancia al hecho, afirmó:

—Es igual. Yo me he impuesto esa misión y debo cumplirla. No es usted la primera, ni seguramente será la última, a quien trate de defender.

Dorothy aprovechó el momento sentimental para hacer una pregunta que le quemaba de curiosidad.

—Dígame, Sol—preguntó—. ¿Qué le mueve a usted a jugarse la vida a cada minuto sin egoísmos personales? ¿Acaso una mujer?

El enrojeció al recordar a Magde y repuso:

—No, al contrario. Yo hice un juramento, que cumplo, para vengar la muerte de mi padre, asesinado por unos cobardes. Precisamente de ese juramento nació el amor de una mujer que espera en un rincón de Utah, llena de angustia, a que cumpla totalmente mi misión y vuelva a ella para no separarnos nunca...

—¿Y no siente usted escalofríos de miedo al pensar que una bala pueda segar su vida matando ese amor de ella y de usted?

—Sí. ¿Por qué iba a negarlo? Pero yo hice el juramento antes de conocerla y no debo quebrantarlo.

—Y ella, ¿se resigna a vivir con esa angustia?

—Se resigna; no es su gusto, pero es comprensiva y acepta la situación como un deber, igual que el mío. Ella no puede olvidar que si yo no hubiese hecho aquel juramento hubiese sido una víctima, como usted puede serlo, de la maldad de un indeseable. La

salvé como he salvado a muchas más y no se siente tan egoísta que pretenda separarme de mi camino.

Dorothy, exaltada, exclamó:

—Yo si se lo exigiría, Sol. Tengo entendido que lleva usted mucho más de un año jugándose la vida por todo el Oeste, sembrando el bien y eliminando forajidos, y alguna vez ha de poner usted término a esa vida, si no quiere que sea una bala quien ponga el punto final. No tiente más la suerte y deje que otros le imiten y le sigan.

—Quizá lo haga algún día, no tardando mucho. Una vez me empujó el corazón a verla de nuevo y estuve a punto de flaquear en mi empresa. Fue ella quien, generosa, me animó a seguirla. El día que el corazón vuelva a empujarme hacia Utah no habrá ya fuerza en el mundo capaz de separarme de sus brazos.

—Que sea pronto es lo que le deseo, Sol—afirmó conmovida Dorothy—, y conste que la envidio sin ningún egoísmo propio. Será una mujer dichosa con un hombre tan generoso como usted, y si yo he de desear algo en el mundo será encontrar uno de sus cualidades.

—Lo encontrará usted, porque se lo merece. El día que la paz reine en Sierra Blanca podrá usted dedicarse al amor, porque habrá quien se dedique al de usted. He observado entre los buenos muchachos que se reúnen hoy aquí algunos que la miran ardientemente y espero que sabrá elegir el mejor.

—Haré lo posible por ello, Sol. Es cierto que hay algunos que parecen buenos, y como algún día tendré que escoger, me dedicaré a estudiarlos profundamente.

La orquesta cesó en seco, y Sol, mirando de reojo al hijo de un ranchero que no les había perdido de vista durante todo el baile, afirmó malicioso:

—Pues empiece usted a estudiar a ese guapo mozo que se aproxima a solicitar de usted el primer baile. Debe abrigar el temor de que pienso acapararla y se prepara a la lucha. Yo me retiro, porque no quiero crear un enemigo más, que en materia de amor sería más peligroso que Kik.

Dorothy sonrió, afirmando:

—Seguiré su consejo, Sol; no es mal muchacho, y entre todos los que me rondan parece el mejor. Como es usted un fetiche para mí, creo que me decidiré a oírle con atención.

—Pues que el cielo le conceda tanta dicha como para mí deseo.

Sol se separó de la joven sonriendo al galán, el cual se acercó a ella diciéndole algo. Dorothy le enlazó por el brazo y el guapo

ranchero se sintió crecer dos palmos sobre su ya buena estatura.

La orquesta volvió a producir aquel ruido agrio que consideraban música y las parejas se apelmazaron en el patio, dándose empellones, gastándose bromas, lanzando frases agudas y emitiendo risas sonoras y francas, y aquel cuadro, alegre y risueño, distaba mucho de ceñirse a la trágica realidad que les amenazaba.

Sol se separó de los bailarines y se apoyó en el tronco de un árbol, dejando vagar la mirada por el patio. Su pensamiento estaba muy lejos de allí y una dulce melancolía se apoderó de todo su ser.

Nadie se preocupaba de otra cosa más que de bailar y divertirse, y todo lo que no estuviese recogido y representado en aquel amplio recinto parecía no existir para nadie.

En un exceso de confianza inconsciente se había dado al olvido por aquella noche la vigilancia exterior, y desde el primero al último de los peones todos se hallaban congregados en el patio.

Sol, distraído, seguía con la mirada las evoluciones de Dorothy, que ahora bailaba con el guapo ranchero que al parecer era su favorito, cuando de súbito, sembrando la más angustiosa alarma y el más trágico desconcierto, vibró una seca detonación y Sol sintió cómo la bala, rozando el tronco del árbol, pasaba a su lado con un silbido agudo, para ir a clavarse en una losa del patio donde rebotó, levantando fragmentos de piedra.

El joven giró raudamente dando la vuelta al árbol para protegerse con su tronco, y apenas si había tenido tiempo de realizar la maniobra cuando otras varias detonaciones restallaron sordamente, y esta vez, varios rugidos de dolor, mezclados con histéricos gritos de mujer, fueron como un trágico eco a los disparos.

Sol, pálido como un muerto, se volvió hacia la cerca y descargó sus revólveres vertiginosamente. Un alarido de muerte acusó los disparos y una enorme confusión reinó en el patio.

Las mujeres, en tropel, corrían hacia el porche, buscando amparo en el interior del rancho, mientras los hombres, entre sorprendidos y rabiosos requerían sus armas y buscaban al cobarde y alevoso enemigo que había tratado de sorprenderles.

Sol, dirigiéndose a todos, ordenó:

—¡Tirad a la cerca, están al otro lado de ella!

Los peones enviaron una cortina de plomo al bordillo de la cerca para evitar que sus enemigos pudiesen asomarse nuevamente a ella.

Nadie concebía la audacia de aquel ataque. En el rancho se encontraban reunidos más de cincuenta hombres a los que no se les podía tildar de cobardes y aquel reto no se podía llevar

humanamente adelante, sin contar con elementos muy numerosos que pudiesen corresponder a tal número de enemigos.

Sol, que había asumido la defensa, ordenó:

—Traigan los caballos al patio. Vamos a salir a batirles a terreno abierto.

Mientras una parte de los peones corría a los cobertizos en busca de las monturas, el resto seguía batiendo la cerca, aunque nadie había vuelto a osar asomarse a ella, y cuando los caballos estuvieron reunidos, Sol advirtió en voz baja:

—Abran esas puertas con cuidado de ampararse tras ellas. Que no quede nadie frente a la salida si es que desea vivir lo suficiente para asistir al desenlace. Listos para seguirme cuando yo salga fuera.

Cuatro peones levantaron la tranca y tiraron de la doble hoja, ocultándose tras ellas al correrlas. Apenas se habían abierto, una lluvia de proyectiles penetró por el vano, clavándose en el porche que caía fronterizo a él.

Sol no hizo movimiento alguno para salir al exterior. Esperaba aquella acogida, pero quería darles una facilidad para que intentasen asaltar el rancho.

Pero los atacantes no se decidían a ello, limitándose a concentrar sus disparos sobre el vano de la puerta para no permitir que nadie pudiese abandonar el patio.

Sol, inquieto, se preguntaba cuáles serían los proyectos de sus enemigos, pues era indudable que algún plan preconcebido les animaba a seguir aquella táctica que debía poseer algún otro fondo.

Los proyectiles seguían silbando por el hueco de la puerta sin que nadie respondiese inútilmente a ellos, pero nadie se daba a ver y aquella situación no podía continuar durante, mucho tiempo.

De súbito, un resplandor rojizo, que fue aumentando en intensidad desde la parte exterior, sobresaltó a Sol, quien se dio cuenta inmediata de la maniobra: habían prendido fuego a la cerca para obligarles a salir de allí y cazarles como a conejos, o tratar de achicharrarlos si el fuego se propagaba al rancho.

Hubo un momento de pánico en el que los peones no supieron qué actitud tomar, pero Sol, frío y sin nervios, gritó:

—¡Que no se mueva nadie hasta que yo lo ordene!

Hizo señas a Hoxie, que se había puesto a su lado dispuesto a convertirse en su sombra, y ordenó en voz baja:

—Escoja ocho hombres y suban a la parte más alta del rancho. A la luz de las llamas, podrá distinguir a algunos de esos forajidos. Procure batirles bien, sobre todo eliminando a los que concentran

sus tiros sobre, el vano de la puerta.

Hoxie eligió a los hombres que le inspiraron mayor confianza, y a galope ganaron la escalera, ascendiendo a la galería; pero como desde ésta no se abarcase bien lo que sucedía junto a la cerca, ascendieron al tejado y como mejor les fue dado se sostuvieron sobre el inclinado tejadizo buscando a sus enemigos.

Hoxie descubrió varias sombras a caballo moviéndose dinámicamente de un lado a otro, pero siempre frente a la salida. Con la velocidad adquirida en sus luchas, cargaban los revólveres y los descargaban sobre el vano manteniendo una muralla de plomo difícil de desafiar.

Cuando se dio cuenta exacta de su posición, hizo que cada hombre eligiese un blanco distinto y a una voz suya, ocho detonaciones vibraron casi a la puerta y un alarido de rabia y de agonía vibró fuera del patio.

Varios de los que trotaban frente a la puerta habían sido alcanzados por las balas, y los forajidos, al darse cuenta de donde procedían los disparos, abrieron fuego contra el tejado, pero éste, oculto en sombras, no les mostraba blanco alguno y pronto hubieron de desistir de aquella táctica, pues cada vez que eran contestados alguien sufría las mordeduras del plomo.

Rabiosos, se vieron obligados a ceñirse a la tapia para evadir el campo de tiro de los que se emboscaban en el tejado y pronto observó Sol que los disparos que se enviaban contra el rancho ya no venían de frente, sino de través.

Fue el momento elegido para forzar la salida. Un tiro de través podía ser evitado con suerte, sobre todo si se poseía un caballo veloz que saltase limpiamente por el vano, mientras que los tiros fronterizos no podían evadirse con tanta facilidad.

Hizo señas con la mano para que estuviesen dispuestos a seguirle y colocando su caballo frente a la puerta le apretó los flancos, gritando:

—¡Up, «Stard»...!

El noble animal, de un bello impulso, salvó la puerta como un cohete, y Sol, que llevaba los revólveres preparados, disparó con precisión a derecha e izquierda, en el mismo momento de traspasar la cerca.

Dos rugidos de agonía brotaron a los disparos e inmediatamente, como una arrolladora ola, dos docenas de jinetes se lanzaron por el hueco imitando la maniobra.

Algunos mordieron la hierba alcanzados por los desesperados disparos de los forajidos que no contaban con aquella maniobra tan

audaz, pero el resto alcanzó el valle y en igualdad de circunstancias se dispuso a la pelea.

Al siniestro resplandor de las llamas que devoraban la cerca descubrieron a sus emboscados enemigos, los cuales, dándose cuenta de que ya para nada servía su añagaza, se disponían a batirse fieramente, decididos a dar fin de una vez a aquella pugna que la suerte no había decidido aún totalmente en favor de ninguno de ambos bandos. La cuadrilla de Kik, ahora seriamente reforzada, se componía de más de dos docenas de hombres curtidos en las luchas con *rangers* y policías.

Las fuerzas parecían ahora bastante equilibradas, pues, si bien los peones eran más, algunos se habían quedado en el interior del rancho y otros trataban de sofocar el incendio antes de que pudiese correrse al edificio. Los caballos, galopando fieramente, se extendieron por el valle, y pronto éste se vio convertido en un verdadero campo de batalla.

El resplandor del incendio, la clara luz de la luna que bañaba en plata el valle, siluetando en sombras azulinas las figuras de los combatientes y el fugaz y lívido reflejo de los disparos, hacían el fondo más impresionante; pero nadie se detenía a ponderar este cuadro de aquelarre y sólo tenían ojos para buscar a sus enemigos y tratar de fijar la puntería sobre, ellos.

El ruido de las detonaciones atronaba, un humo azul y denso flotaba en pequeñas espirales a cada disparo y los caballos galopaban como fantasmas obedeciendo la presión de las espuelas.

Sol, mordiéndose los labios de ira, desdeñaba al resto de la cuadrilla buscando afanosamente a Kik. Sabía que nada se conseguiría derrotando a sus hombres si él quedaba vivo y podía huir, y estaba decidido a que esta vez uno de los dos quedase en el campo de batalla.

Con los revólveres empuñados galopaba de un lado a otro buscando al «Tigre de Sierra Blanca» y únicamente cuando algún forajido trataba de cortarle el paso o se acercaba peligrosamente a él, disparaba con rabia, y un hombre vacilaba en la silla y su cuerpo rodaba sobre la hierba, aclarando las filas de los atacantes.

Pero Kik no parecía hallarse presente. El bandido debía haberse situado en algún lugar estratégico protegido por sus secuaces y no encontraba forma de localizarle.

La pelea se prolongaba de un modo atormentador. Todos los luchadores, jinetes consumados, galopaban como demonios formando blancos muy difíciles de precisar, y solamente cuando la suerte les ponía enfrente a corta distancia el más diestro o el más

rápido en disparar se apuntaba el trágico éxito.

No obstante este indeciso fluctuar, los forajidos eran los que habían pagado mayor tributo a la muerte. Sus filas se habían aclarado bastante y se notaba en ellos una falta de fe en el éxito que les hacía flaquear y mostrarse más indecisos.

Poco a poco se replegaban, alejándose del rancho, y Sol se dio cuenta de que iban a iniciar la retirada antes de verse aniquilados totalmente y, comprendiéndolo así, gritó;

—¡Adelante, que pretenden huir! ¡Cortarles la retirada!

Los peones formaron un círculo para dejar encerrados a sus enemigos dentro de él, y Kik, que por fin había dado señales de vida, agrupando a sus hombres, los escalonó para que contuviesen la avalancha, mientras iniciaban una retirada en relativo orden.

Sol, comprendiendo que había llegado el momento cumbre de poner fin a la pugna, se adelantó, disparando rabiosamente para abrirse paso entre los bandidos; pero éstos cerraron la brecha a espaldas del «Tigre de Sierra Blanca» y emprendieron la huida a galope tendido.

Pero, de repente, cuando menos lo esperaban, una descarga cerrada les acogió por el frente de huida y por un momento vacilaron, sin saber qué actitud tomar.

Un grupo de jinetes, procedentes del poblado, había surgido a su paso de manera inopinada. Se trataba de unos veinte hombres al mando de Rice, el *sheriff*, el cual había captado el ruido de la refriega, y comprendiendo que los forajidos habían atacado nuevamente el rancho, acudía en socorro de éste.

Kik lanzó un rugido de tigre herido y se dispuso a vender cara su vida.

Viéndose entre dos fuegos, optó por enfrentarse con su odiado rival. Él podría caer agobiado por el número, pero si antes de ir al infierno conseguía llevarse por delante a Sol, se iría contento de haber cumplido en el mundo su más brutal anhelo.

Sol adivinó por el gesto rabioso del forajido la intención que le guiaba y se dispuso a recibirle. Dos balas iban a decidir la pugna y procuraría que la primera fuese la suya.

El bandido, ciego de coraje, picó espuelas al caballo para acortar la distancia y disparar sobre seguro; pero, antes de que tuviese tiempo de ello, un caballo se cruzó en su camino y un proyectil, lanzado de través, acertó a dar en la cabeza a su caballo, el cual se inclinó de bruces hacia adelante, cayendo con las patas delanteras dobladas, al tiempo que lanzaba a Kik por las orejas. Antes de que el forajido hubiese tenido tiempo de desprenderse de los estribos

para levantarse, algo le cayó encima, aplastándole contra la tierra. Era el cuerpo de Hoxie, el capataz, quien había derribado antes su caballo.

Kik no pudo hacer nada para zafarse aquel imprevisto enemigo. Un terrible culatazo en la cabeza le privó de conocimiento y cuando Sol pudo intervenir, el forajido yacía impotente.

La caída de Kik acabó de sembrar el desconcierto en las filas atacantes. Los pocos forajidos que habían resultado indemnes trataban de huir, perseguidos fieramente por los peones y sobre el valle sólo quedaron cadáveres, heridos que se arrastraban y caballos sin jinetes que galopaban asustados sin rumbo fijo.

Sol se acercó al capataz y posando la mano sobre su hombro, le felicitó de corazón:

—¡Bravo, Hoxie!... Se ha portado usted como un héroe. Espero que ya no me tendrá usted envidia de nada.

—Bueno, mire—dijo el capataz azorado—, lo que yo hice no tiene mérito. Usted era su sugestión y me dejó hacer. Si no hubiese estado usted delante de él, puede ser que a estas horas yo no lo contase.

—No sea modesto, Hoxie—dijo Sol—. Su acción fue limpia y brava. Me alegro que le hayamos cogido vivo, porque tengo que ajustar una cuenta terrible con él.

Cargaron con el cuerpo de Kik, que manaba sangre de la frente, y lo trasladaron al rancho. Ya el incendio de la cerca había sido sofocado y la tranquilidad entre los huéspedes había renacido al darse cuenta del giro que había tomado la lucha.

Poco más tarde, cuando amanecía, entraban en el patio los peones, sudorosos, algunos sangrando de sus heridas, pero alegres y satisfechos de la jornada.

Esta había sido gloriosa y decisiva, pero media docena de hombres habían pagado la victoria con su vida y ocho acusaban en sus cuerpos la mordedura del plomo.

La gente se reunió en torno a Kik, que aparecía pálido y sangrante, y Sol, con el rostro endurecido, ordenó:

—Meterle en el pilón hasta que reaccione. Voy a devolverle toda la amargura que guardo en el alma por el trágico rato que me hizo pasar pendiente de esa higuera.

Media hora después Kik había recobrado el conocimiento, y un pañuelo apretado a la cabeza contenía la hemorragia de la herida.

Sol se acercó a él y, mirándole fijamente, dijo:

—Kik Seldon, eres la alimaña más grande que he encontrado en mi camino desde que persigo a la hez de los indeseables del Oeste.

No encontré uno más vil ni más cruel que tú y voy a vengarme a mi manera de la angustia que me hiciste pasar con tu baile de la piedra redonda. Pero, más noble que tú, no apelaré a procedimientos tan bajos ni te dejaré indefenso. Voy a pelearme contigo como un hombre, pero ten presente que no saldrás vivo de mis manos, a menos que consigas matarme. Como tienes muchos deseos de hacerlo, reúne todas tus fuerzas, que no son pocas, y empieza.

Se quitó la chaqueta y el cinturón, se remangó los brazos y se dispuso a pelear con su enemigo, que no era un ser despreciable con los puños.

Kik, lanzando un rugido de feroz alegría, se preparó a replicar a su rival. Aquella posibilidad que le daba estaba dispuesto a emplearla deshaciéndole, aunque después le colgasen de una gruesa rama.

Ambos contendientes se atacaron con furor salvaje. El odio podía sobre cualquier otro sentimiento humano y los dos trataban de destrozarse mutuamente sabiendo que ninguno daría cuartel a otro.

Sol pegaba como jamás había pegado en su vida, y aunque Kik, duro y salvaje, también dejaba en sus carnes las huellas de sus terribles puños, no sentía el dolor y sí la alegría de ver cómo cada golpe suyo era como un martillazo en el rostro de su rival.

La lucha, innoble y feroz, se prolongaba de una manera inverosímil. Ambos, resistían con fuerza de gigantes y el sudor se mezclaba con la sangre, nublando sus ojos o deslizándose por las comisuras de sus labios, pero ninguno cedía ni se daba por vencido.

Por dos veces, Kik, manumitido por la herida que Hoxie le había abierto en la frente, cayó a tierra; pero Sol, levantándole con una mano a pulso, le administraba feroces puñetazos con la otra, rugiendo:

—¡Defiéndete, bandido! Defiéndete, ¿no ves que vas a morir?

Kik realizaba un violento esfuerzo y volvía a manotear, tratando de aferrar a Sol por el cuello para estrangularle, pues sabía que a golpes no lograría abatirle.

Por un momento, reuniendo todas sus últimas fuerzas, consiguió atenazarle por el cuello. Sol se debatió furioso y ambos cayeron sobre las losas enlazados como perros rabiosos, sin que los engarfiados dedos de Kik se soltasen del cuello de su rival.

Este se vio perdido y, realizando un esfuerzo supremo, agitó el cuerpo de Kik y golpeó su cabeza contra las losas con furia inaudita. Los golpes vibraban sorda y lúgubremente, hasta que el bandido aflojó sus garras y quedó tenso, en tanto que Sol seguía golpeando

sin piedad alguna.

Cuando se dio cuenta de la situación y se incorporó con trabajo, ya nada tenía que temer de su enemigo. Este había muerto con el cráneo destrozado y su rostro era una masa informe, casi imposible de reconocer.

Sol, exhausto, se dejó caer sobre un banco y vencido por el esfuerzo, perdió el conocimiento.

* * *

Dos días más tarde, ya renacida la calma en el rancho y en el poblado, «el Vengador», repuesto de sus emociones y acusando aún las huellas de su trágica pelea, se disponía a abandonar Sierra Blanca para siempre.

Fueron inútiles las súplicas de todos para retenerle algún tiempo más allí. La misma Dorothy careció de poder para ello.

Sol, ya en la silla de su caballo, rechazó la última súplica, diciéndole:

—Usted debe comprender que no es posible, señorita Ewen. Usted queda aquí feliz y contenta. Hay un hombre que, al parecer, ha sido de su agrado y la felicidad ha llamado a su puerta para no irse ya. Yo tengo aún mucho que hacer para sentirme con derecho a ser tan feliz como usted. Todo lo que retrase mi regreso retrasaré mi dicha y la de la mujer que me espera anhelante.

Dorothy, comprendiendo la fuerza del argumento, estrechó su mano conmovida, diciendo:

—Tiene usted razón, Sol. Vaya, y que la suerte le acompañe. Le deseo tanta felicidad como usted me ha proporcionado, y no le pido más que cuando termine su misión y se una al fin a la mujer que ama, se acuerde de nosotros y venga por aquí a pasar una vacación menos agria. ¿Me lo promete?…

—Se lo prometo. Adiós, Dorothy, que el amor sea para usted el paraíso que soñó.

Y saludando a todos con la mano se perdió por el valle seguido de cien miradas de cariño y reconocimiento, que se clavaban en él, deseándole tanta suerte en su misión como merecía…

F I N



EDITORIAL CIES

ha creado las colecciones de Novelas de Aventuras y del Oeste americano que en menos tiempo han logrado el mayor de los éxitos.

Esto que puede considerarse como un enigma tiene una fácil demostración, y es que

EDITORIAL CIES

sólo publica textos de inigualada valía.

Cada nuevo título que aparece a la venta de «BIBLIOTECA X», «NARRACIONES» o «EL VENGADOR», es mejor que el anterior, y el público, percatado de esto, ansía poder comprarlo.

Por esta calidad de sus obras, las series que publica

EDITORIAL CIES

son acogidas con cariño por todos los públicos de España, ya que nunca se ve defraudado.

Por algo tiene que ser

EDITORIAL CIES

CREADORA DE ROTUNDOS EXITOS